



LEOPOLDO LUGONES

# ACCION

LAS CUATRO CONFERENCIAS PATRIOTICAS  
DEL COLISEO

(6, 11, 14 Y 17 DE JULIO DE 1923)

PUBLICACION DEL  
"CIRCULO TRADICION ARGENTINA"

1923

BUENOS AIRES

EST. GRAFICO A. DE MARTINO - 24 DE NOVIEMBRE 47 AL 65

115 X 165

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



A JORGE MITRE





## ADVERTENCIA

---

Estas son las conferencias del Coliseo. Su publicación ratificará, conforme es justo, mi responsabilidad completa, así como la de quienes desviaron o violentaron su sentido, para aderezarse cómodas refutaciones. Como éstos se han divertido en atribuirme xenofobia, militarismo y sedición, deseo recordar la significación de tales palabras: odio al extranjero, subordinación del poder civil al militar, y levantamiento popular contra el gobierno. El lector verá si tales fueron mis propósitos. No rehuyo, por lo demás, ninguna consecuencia, ni estoy dispuesto a respetar nada que no sea moralmente respetable. He proclamado la necesidad de una enérgica adhesión a las instituciones militares; y si ante el doble peligro que nos amenaza con un desastre ya empezado, no hay decoro ni esperanza sino en las espadas argentinas, allá hemos de irlos a buscar.

**Leopoldo Lugones.**





# PRIMERA CONFERENCIA

(6 DE JULIO DE 1923)

---

## ANTE LA DOBLE AMENAZA

Señoras y señores:

Elegido para esta primera conferencia, con intención que de suyo se explicará, un día tan próximo al 9 de julio, quiero limitarme a ponerla, por ahora, bajo la sencilla advocación de la Patria. Ya me explayaré sobre esto al final, efectuándolo de la mejor manera posible. No haré sino una excepción inmediata, y será para vosotras, señoras argentinas, a quienes tanto agradezco que hayáis venido, para poner sobre estas duras palabras el consuelo de la belleza. Porque si ostentáis — y con cuánta gracia — la elegante frivolidad de la rosa, poseéis también — y tanto — la penetrante agudeza de la espina. Yo no rindo homenaje a vuestra debilidad, sino cuando se trata de evitaros la pequeña molestia que ofende la púdica serenidad o lastima el pie delicado. Pero cuando llega la hora grave en que es menester decidirse por la patria o por el honor, os considero tan dignas como nosotros del sacrificio y de la gloria.

Señores: Desde hace ya largo tiempo, embargaba mi espíritu una grave preocupación. Veía condensarse sobre el país la doble amenaza de que voy a hablaros, y con ella el estímulo del deber que me impulsaba a de-



cirlo. Porque creo que no hay peor mentira ni cobardía que la de callar la verdad, sobre todo cuando puede ser peligrosa.

Esperaba, sin embargo, que lo hicieran otros más llamados, seguramente, que yo. Reconocía sin esfuerzo en muchos de ellos, la mayor aptitud. Yo tengo bastante, me decía, con mis exámetros y mis matemáticas, con mi vida tan pesadamente laboriosa y con mi destino ajeno al descanso, por la iniquidad fatal de la estrella con que nació...

Mas, los que debían hablar, no lo han hecho. Reproducíase el caso de aquellos días angustiosos de la guerra, cuando era menester pronunciarse ante América y ante el mundo; los mismos, otra vez, que cuando debía explicarse la substancial relación entre el Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones a la cual habíamos ingresado en el equívoco, si no en la deslealtad.

No estará la Patria en peligro, pero hay, sí, un doble peligro que se cierne sobre la Patria. El peligro!... Con qué confianza lo declaro, en la serenidad viril, en la energía magnífica de mi pueblo!

Y el primero y mayor es la paz armada a la cual hemos entrado ya.

No me propongo estudiar hoy cómo se ha venido a ella, porque esto será el tema de mi segunda disertación. Mas, puedo citar, desde luego, algunas cifras totales.

Sábase que el ejército argentino requiere trescientos millones de pesos para restablecer su potencia de tal, dentro de lo existente: es decir, sin aumento alguno. (1). Se ha pedido ya un crédito de veintidós millones para reparar — mejor dicho, para remendar — algunos navíos de la escuadra, que carece totalmente

---

(1) Pocos días después, el P. E. pedía al Congreso el primero de los créditos pendientes cuya necesidad había anticipado la última memoria del Ministerio de Guerra y que está ya votado por valor de cien millones.

de elementos esencialísimos ahora, como los submarinos cuya adquisición es indispensable. El plan de construcciones para los ferrocarriles del Estado, monta a trescientos quince millones de pesos, y nadie ignora que toda red oficial, además de económica, es siempre estratégica. No se requiere una perspicacia excepcional para atribuir dicha intención a un plan tan vasto, aun cuando la situación rentística del país está lejos de presentarse floreciente. Se verá hasta qué extremo inquietante; mas, saquemos por ahora el total de esas erogaciones meramente iniciales: Son seiscientos millones de pesos cuya exigencia ineludible se agregará a un presupuesto excedido en doscientos millones, y a una deuda flotante de mil, que resulta por sí sola el doble de los recursos ordinarios de la nación. Y es completamente seguro, que no podremos detenernos. Pero este incremento de gastos comporta redondamente la crisis, ya iniciada, por lo demás, con el desastre ganadero, la reducción de las siembras y el creciente disfavor de la balanza comercial, o sea el aumento y la disminución simultáneos de la importación y la exportación respectivamente. Excluidos esos seiscientos millones, gastamos todavía mucho más de lo que producimos.

Entretanto, nuestra indiferencia ha dejado correr cierta afirmación, avanzada por los dos países más empeñados en armarse: *que no hay paz armada en América*; de suerte que al declarar nosotros la necesidad mínima de arreglar lo que tenemos, brotó en seguida la inculpación previsible: *es la Argentina quien provoca la paz armada*.

Por extraño que parezca, voces argentinas han llegado a sostener lo propio, declarando que nos basta un ejército defensivo. Es el resultado de la ideología sectaria cristalizada en dogma: funesta doctrina que ya costó a Francia mares de sangre, irreparables ruinas,



profundo agotamiento económico; doctrina, o mejor dicho paradoja desvanecida por la formidable realidad de la guerra, que fué para tantos — yo entre ellos — el final trágico de una grande ilusión. Si semejante realidad no influye sobre el criterio de quienes lo formamos con la experiencia y la razón, es porque nos hallamos en estado de fe, vale decir bajo el imperio dogmático de postulados o de sistemas ideológicos, o porque un mal entendido orgullo nos lleva a confundir con la inmovilidad la firmeza del carácter: que ella no consiste en sostener lo que una vez se dijo, sólo por haberlo dicho, sino en hacerlo con la convicción adquirida, sea o no contradictoria de una convicción anterior. ¿De qué servirán, entonces, la experiencia y las demostraciones, ni qué es el estudio, en suma, sino una constante rectificación? ¿Por qué ha de ser leal y honroso modificar el criterio científico ante la prueba, lo mismo si se trata de una ley física que de una sentencia judicial, y no sino infamante y traicionero el cambio de criterio social confrontado del mismo modo? Los que así condenan, socialistas, comunistas, pacifistas anárquicos, proclaman, sin embargo, el predominio del criterio científico — que es decir experimental — en política y en sociología: criterio diverso, inestable, contradictorio, como los mismos resultados de la experiencia en que se basa. Así, en física, derogamos ayer, no más, la teoría de las emanaciones, para sustituirla con la ondulatoria que se conformaba mejor a la experiencia; y experimentando hemos vuelto a lo que habíamos substituído. En biología hemos regresado a la concepción creacionista de las especies autónomas, derogada hace poco más de un siglo por el transformismo de Lamarek.

Socialistas, comunistas, anarquistas, es decir los que condenan con mayor rigor, fueron quienes, basándose

en la experiencia y en el raciocinio, cambiaron de criterio social, no hace más de cincuenta o sesenta años, inspirando a los dogmáticos de entonces las mismas sospechas de infamia y de traición. Y, sin embargo, nada más respetable en ellos que ese cambio, producto de la libertad de conciencia, tan poco respetada ahora por ellos mismos, no bien engendra tesis distintas de las suyas. Pero, ¿qué han hecho, a su vez, los maximalistas rusos, sino adoptar en el gobierno, es decir enseñados por la experiencia o forzados por la realidad, el militarismo, el patriotismo y la dictadura feroz de que abominaban? ¡Nunca me he sentido más lejos de la obediencia dogmática, que en este momento de peligrosa libertad!

Así también la República, pacifista hasta el exceso, sufre la imputación de militarismo porque decide armarse mejor, después que han decidido hacerlo intensamente y en común los mismos que se lo reprochan. Es que no bastan la buena intención ni las sólidas razones. Hay que saber hacerlas valer con tiempo, y es lo que me propongo en la medida de mis fuerzas.

La indiferencia puede crearnos ante nosotros mismos otra grave contrariedad. Si continuamos ignorando, no prestaremos a la obra de la defensa una eficaz colaboración. Y mientras tanto, estamos ya, como lo demostraré — digo que lo demostraré, porque se puede — en la situación que impone a todos los ciudadanos *una actitud militante, parecida a la militar.*

Si sólo se tratara de precavernos militarmente, podríamos contentarnos, quizá, con la obra técnica, dados el patriotismo, la competencia y la probidad característicos de nuestros oficiales. Pero, es que nuestra situación interior comporta otra amenaza no menos inminente. El país hállese invadido, como lo probaré con cifras, por una masa extranjera disconforme y



hostil, que sirve en gran parte de elemento al electoralismo desenfrenado.

Nadie se alarme por esto, ni vaya a creer que de cerca o de lejos tenga yo intención política. El pueblo, como entidad electoral, no me interesa lo más mínimo. Nunca le he pedido nada, nunca se lo he de pedir, y soy un incrédulo de la soberanía mayoritaria, demasiado conocido para que pueda despertar sospecha alguna. Tanto como me siento apegado al pueblo argentino del cual todos formamos parte, en *la noble igualdad* del Canto glorioso, me causa repulsivo frío la clientela de la urna y del comité. Basta y sobra, me parece, para mi auto-sepelio de posible candidato...

Pero, hay algo, todavía, que me fuerza — ingrata obligación — a ocuparme de mí mismo. Puesto que voy a denunciar al mal extranjero con todo rigor, necesito documentar mi actitud.

Nadie ha sido y es más que yo, amigo del extranjero honrado que concurre con nosotros a labrar la grandeza de la nación. Y cuando llegó para los países que precisamente por esta causa interesan más nuestra simpatía, la hora de la prueba suprema en que jugaron su libertad y su existencia, no vacilé. Me dí entero a su causa, que por humana era nuestra también, y con tanta decisión y constancia, hasta quedar único, durante años, en su defensa, que por ahí llegó a decirse: — Lugones vive espiritualmente en el extranjero.

La próxima conferencia revelará que no fué así, y que en ningún momento perdí de vista la conveniencia de la Patria.

Soy, entretanto, francófilo conocido. Es de público y notorio mi afección a la noble Inglaterra. Amo a Italia hasta haberla cantado en los mejores versos argentinos que fuí capaz de componer. Tengo en el bol-

sillo una carta del presidente del Ateneo de Madrid, en la cual me dice que habiéndose aceptado mi idea para la fundación de un Instituto de Cultura Hispánica en Buenos Aires, proyecte yo mismo las bases de su organización. Vez pasada, todavía, cuando las matanzas de israelitas en la Europa Oriental, tocóme proponer con mi discurso de adhesión humana a la protesta, la medida que las contuvo. Y allá recordé a propósito, cómo una tarde entre las bellas tardes de mi existencia, cuando trabajaba yo en la zona agrícola de Córdoba y Santa Fe, volviendo al pueblito de mi residencia entonces, encontré a uno de los viejos rusos de la colonia que marchaba con su nietecito sentado al hombro para evitarle el lodo de los caminos encharcados de tráfico: rubia criatura que sonreía inocente al amor de la vida y al cariño del sol. Y cómo al preguntarle, bromeando, por *el rusito*, se detuvo para responderme con gravedad, titilándole una lágrima agradecida en el azul remoto de sus ojos eslavos:

—No, señor. Este es argentino *ya*.

Y cómo aquel monosílabo ingenuo me reveló más que nunca grande la Patria, dilatada con una mística serenidad sobre los campos azules; y la profundidad de su amor en la confianza de aquel antiguo perseguido que así se me revelaba conciudadano, y en la del pequeño compatriota sentado sobre el hombro del viejo: tierno vínculo con ese lejano dolor que retoñaba hermososeándose bajo la hospitalidad argentina, en aquella flor humana encrespada de oro por la vida y por el sol.

Nosotros hemos querido cumplir el mandato de nuestros padres, haciendo de esta Patria lo que debe ser: una gran concordia. A la discordia nos la han traído de afuera. Y necio el que por mal entendida hospitalidad, siguiera mulléndole la cueva a la víbora clandestina que se metió en su huerto.



A la discordia nos la han traído de afuera.

Hemos asistido últimamente a dos huelgas que ya no pedían lo que suele hacer dignos de atención y hasta simpáticos esos movimientos: la mejora económica o gremial; pues la protesta del trabajador que padece, es digna de respeto en sus propios extravíos; sino que declaraban sin ambages una insolente solidaridad con el crimen. Huelgas de rebelión contra el país, declaradas por una inmensa mayoría extranjera. Así se vió, por ejemplo, en el choque final: tres argentinos tan sólo sobre dieciocho heridos. Así en la prensa sectaria y cómplice, cuyos redactores y propietarios son extranjeros sin excepción.

Es que se trata de una consigna, tendiente a realizar el programa del maximalismo ruso y sus adherentes más o menos encubiertos: la declaración de huelgas con o sin motivo, a título de "gimnasia revolucionaria", para engendrar la guerra civil que será el instrumento de la revolución social. Programa enunciado con alarde por los corifeos de Rusia y de todo el mundo.

Pero olvidan esos sectarios que si la guerra social resultaría civil en Rusia, en España o en Italia, donde existe homogeneidad de población, la consecuencia es inaplicable a un país como la Argentina. La guerra que nos traen los extranjeros rebeldes, conforme al programa de un gobierno extraño, es un ataque exterior, mucho más peligroso que la guerra militar porque manobra a traición desde adentro. *No hay guerra civil con extranjeros. Por el contrario: toda guerra con extranjeros es una guerra nacional.*

El estado de conciencia de otros extranjeros, conservadores más bien, o liberales templados, no es menos inquietante. Así nos lo reveló el otro día un episodio pequeño, y por lo mismo, más significativo aún. *La*

*Nación* había publicado un suelto de advertencia a los extranjeros descontentos del país, que acababan de manifestar, en incidentes aislados, pero repetidos con demasiada frecuencia, desagradable animosidad. Basta recordar la tradición más que cincuentenaria ya, la templanza, el liberalismo del gran diario, para inferir lo que diría ese suelto, *cuyo autor conozco*. No decía sino esto, en dos palabras: las puertas abiertas para entrar quien lo desee, lo están, por cierto, para salir de igual modo. Nadie que venga al país por simpatía o conveniencia, tiene obligación de permanecer cuando dejen de animarlo esos móviles.

No se necesitó más, para revelar en gran parte de la prensa extranjera un singular estado de prevención y de amargura.

Durante diez días continuos, estúvose formulando toda suerte de mortificantes comparaciones. Todo lo debíamos al extranjero: riqueza, cultura, progreso, con una evidencia que definiría la más completa superioridad. Y hasta apareció la intolerable diferencia: *nuestros hijos, y los otros...*

Hubo periodistas de éstos que llegó a suponer, en su extravío, la posibilidad de choques entre una columna de juventud nacionalista y otra de extranjeros indignados, lanzada a manifestar por las calles, como si se tratara para ellos de una colonia levantina: ¡extranjeros en manifestación pública contra la juventud del país! Otro nos hizo saber que los extranjeros venían porque se les daba la gana, a favor de garantías constitucionales que nadie osaría tocar, como si ellas nos crearan ante los favorecidos una verdadera subordinación...

Este asombroso olvido de la conveniencia recíproca que engendra la vinculación leal del residente con el país, impone, a mi entender, definiciones categóricas.



Y es la primera, que la condición de ciudadano comporta dominio y privilegio para administrar el país, porque éste pertenece *exclusivamente* a sus ciudadanos, *en absoluta plenitud de soberanía*. Nosotros ejercemos el gobierno y el mando. *Somos los dueños de la constitución*. Del propio modo que la dimos, podemos modificarla o suprimirla por acto exclusivo de nuestra voluntad. No hemos creado con ella ningún dogma, ni nos hemos comprometido temporalmente ante los extraños. La declaración de los derechos del hombre que en ella formulamos con amplitud jamás alcanzada por otra, es acto propio, no subordinado directa ni indirectamente, antes ni después, a ninguna voluntad ajena. Nosotros somos quienes aceptamos al extranjero, no el extranjero quien nos acepta a nosotros. Entre el extranjero y en el país hay reciprocidad de conveniencia, no de potencia. Nuestra soberanía no puede compararse a su potestad negativa de no venir o de no permanecer. Su residencia es siempre condicional respecto a nuestra soberanía, mientras que ésta no lo es respecto a ninguna voluntad extranjera. Somos los dueños del país. Y de tal modo, que si sólo quedáramos mil argentinos entre diez millones de extranjeros residentes, seríamoslo sin duda; porque cuando esto dejara de suceder, el hecho revelaría que el pueblo argentino había también dejado de existir bajo una dominación extranjera.

La segunda definición es que para nosotros no existen acá hijos de extranjeros y otros que no lo sean. No hay más que argentinos, hijos de una misma patria, con un sólo derecho y con un sólo deber.

Y la tercera es que si, llegado el caso, la defensa de la Patria en bien de todos, ciudadanos y extranjeros, *sólo a nosotros concierne*, su respeto obliga a todos, sin la más mínima discrepancia. Tolerarlo, en

virtud de armonías ideológicas, equivale a aceptar la traición. La Patria no es una ideología. Es un hecho. No, tampoco, una pertenencia internacional, sino un bien de los argentinos.

Por esto, en presencia del doble peligro que la amenaza, y que bajo su aspecto interior lo comprueba la misma necesidad de formular estas declaraciones, la actitud militante resulta un caso de conciencia. *Tenemos que exaltar el amor de la Patria hasta el misticismo, y su respeto hasta la veneración.*

Militantes se declaran a su vez los enemigos extranjeros que traicionan su hospitalidad. Militantes hasta la agresión insolente o pérfida, son los agentes de sectas y de gobiernos extraños que han perturbado tantos espíritus, hasta convertir la República, para muchos de sus propios hijos, en una colonia experimental del Soviet, artificialmente contaminada por rencores ajenos, avergonzada de sí misma en la negación de bellezas y de glorias dignas de enorgullecer a cualquier país, deprimida por el pesimismo de los fracasados que revierten en deyección de calamar su siniestra envidia, y en trance de saqueo internacional a las manos de bandoleros sin ley y de impúdicos mendigos.

Tenemos que afrontar virilmente la tarea de limpiar el país, ya sea por acción oficial, ya por presión expulsora, es decir tornando imposible la permanencia a los elementos perniciosos, desde el malhechor de suburbio hasta el salteador de conciencias.

La deportación de los extranjeros perniciosos, a sus países de origen, es un reclamo de la conciencia nacional. Esta lo exige con energía mayor aún que la no menos necesaria para el resguardo venidero del territorio, descuidado, si no abandonado por complacencias inauditas.

A impulso de un sentimentalismo desviado hasta la



perversión, conocemos casos reiterados de mendigos, ciegos, tullidos, dementes, a quienes se concedió ingreso de inmigrantes "por orden superior", mientras numerosas personas de la clase pudiente, desequilibradas por la ideología maximalista que estaban lejos de comprender ni de sentir, pero que, a guisa de escandalosa novedad, "vestía mucho", concurrían con sumas importantes al socorro de los hambrientos rusos, cuando nuestra peonada obrajera del interior sucumbía al hambre, la miseria y los contagios, sin inspirarles la más mínima piedad. La extirpación de ese extranjerismo maléfico, será un recobro de salud. El apostolado de la rebelión contra el país, ejercido por extranjeros traidores, que no siempre son agitadores gremiales, requiere una perentoria intervención.

Hace solamente dos días que el presidente de los Estados Unidos, Mr. Harding, conmemorando con un discurso la independencia de su país, denunciaba a esa clase de conspiradores como digna, no solamente de la expulsión, sino de la cárcel previa, dadas la odiosidad y la perfidia de su delito. La fecha elegida, no menos que la eminencia del orador, muéstrannos la importancia que se asigna al problema en un país donde, sin embargo, se ejerce la más rigurosa defensa. Puedo, así, jactarme de pecar en buena compañía y en excelente oportunidad (1).

Por lo que respecta a los países de Europa, sabe

---

(1) He aquí esas memorables palabras que parecen dichas para nosotros. Discurso del Presidente Harding en Portland (Oregón):

"Estoy deseoso de aclamar el día en que no hallen residencia en América, en ninguna parte, aquellos que niegan la ley y buscan hostilidad con el propósito de destruir nuestras instituciones; deben ser deportados o tenidos en seguridad tras de la reja de las cárceles. Esta tierra nuestra tiene poco que temer de aquellos que la atacan desde fuera de sus fronteras, pero debemos guardarnos muy celosamente contra aquellos que trabajan con nosotros, dentro de nuestros límites, y que pretenden destruir las mismas instituciones que los han cobijado."

cualquiera el rigor imperante en ellos con el extranjero inadecuado u hostil.

En Francia, la mera crítica personal de los actos de un ministro, suele acarrear la expulsión por simple orden del prefecto de policía. En Inglaterra, donde la libertad de opinión y la hospitalidad son tan grandes, el derecho del extranjero para propagar sus ideas, se basa en la más completa abstención de la política militante y de la crítica a las instituciones, que no tolerarían el gobierno ni la opinión. Italia acaba de enseñarnos cómo se restaura el sentimiento nacional bajo la heroica reacción *facista* encabezada por el admirable Mussolini: actitud nada extraña en quienes crecieron saboreando como una médula de león aquel canto de Patria reconquistada, aquel *Himno de Garibaldi* cuyo coro fulmina la inexorable expulsión: *¡Va fuori stranier!*

A dos días de la fecha en que conmemoramos, precisamente, la Independencia de las Provincias Unidas, es la ocasión de recordar a los extraños que pudieran tentarse y a los malos huéspedes que traicionan por mandato de sectas o de gobiernos enemigos, la memorable declaración: *independientes de toda dominación extranjera!*

Las Provincias Unidas!

Propóngome ahora evocarlas por celebración, tal cual si fuera estrechándolas, una a una, sobre mi pecho de argentino.

Y es, primera, Jujuy, elevada con eminencia de bandera en su alto balcón andino: la pequeña Jujuy, cetrina y grave como un halcón de la cumbre. Y me parece que vuelvo a ver en los tiempos su valiente monotonía de la Patria, que parte al trote largo para el Alto Perú, perdiéndose en la inmensidad de los cerros, y poniéndoles sobre la ríspida frente su pe-



queña polvareda que el sol doraba como un penacho glorioso.

Y Salta, la de Güemes, que pareció decretarle estatua ecuestre para la eternidad, en aquella carta a Belgrano, pidiéndole caballos para la guerra gaucha: "Ya verá V. E. el empeño de mi provincia en viéndose montada".

Y Tucumán, a la cual es necesario conservar su leyenda de "sepulcro de la tiranía y cuna de la libertad", por lo bien que supo ganársela: Tucumán, que es, todavía, capital de la belleza patria, encarnada en la criolla pálida, romántica como sus tardes y tierna como la carne de sus diamelas. Porque fué desde entonces regalo de héroes el merecimiento de vivir — y de morir — bajo la caricia de unos ojos tucumanos.

Y Santiago, que el otro día, no más, nos revelaba la estética gaucha con sus rústicos cantores y sus bailarines que parecían reconquistarnos el suelo a golpe de posesivo talón: Santiago, cuyo símbolo eficaz es el árbol formidable de su selva, de corazón fácil para que le llegue hasta el fondo la abejilla de la miel, pero al cual para derribarlo hay que ponerle hacha un día entero.

Y Catamarca, la vieja tierra de la raza de bronce que dejó como desoladas acrópolis donde se lamenta el huracán de los páramos, aquellos *pucaraos* calchaquies desde los cuales parece dilatarse a la inmensidad su luto heroico, en el ala de los cóndores, rebramada de fuerza.

Y la sobria Rioja, que por dulzura de la índole, habla cantando; la noble Rioja de la tradición y del parral, recostada al pie de su excelso Famatina, que parece remontarle sus sueños en blancura de nieve altísima, desvanecido ya en el azul, de punta al cielo como un inmenso diamante.

Y San Juan, que recordando la desgarradura del movimiento plutónico en que revierte la tierra con entrañable conmoción las substancias preciosas y útiles, engendra a Sarmiento, como quien pare una montaña.

Y Mendoza, la predilecta de San Martín, que volvería a hallarla igual para el empeño, como cuando inició el Paso sin parangón, abriendo a la libertad el camino de las naciones. Porque todo se dió para eso a la Patria, desde la dama ilustre hasta el pobre negro cuyano, tan inocente todavía por su recién abandonada esclavitud, que el ingenioso capitán lo exaltaba, recomendándole que sableara bien, porque si caía prisionero los godos lo cambiarían por azúcar. Que sablearan bien! A quienes se lo había dicho! He aquí que salen sobre el filo de la cumbre, y que se precipitan por la cuesta, de cara a la inmensidad, arrebatados en la punta de la carga. Una rayada... Un relámpago... Un grito...: *¡Tomá pa ashuca, godo viejo!* Y allá rodaba, partido en dos, el maturrango.

Y San Luis, la de Pringles, el paladín que repitió en nuestra historia aquello que los romanos tenían por más alto que el triunfo mismo: el *¡gloria a los vencidos!* conquistado por su heroica desesperación, cuando se le acaba la tierra, y se tira a las ondas en su caballo de pelea, y con ellas revuelto, parece que le reempluma el abollado morrión, volcada en vivas perlas la hirviente espuma del mar.

Y Corrientes, para la cual el heroísmo es cualidad gentilicia, y que por eso sería cuna de quien fué, como dormida en el canto ya tropical y en el ronco arrullo de torcaz silvestre con que parece quejarse, amoroso y gutural el guaraní.

Y la valiente Entre Ríos, que como resumiendo la historia patria, inicia la dolorosa reconstrucción sobre las ruinas virreinales, con el episodio romántico de Ramírez y la Delfina, para cerrarlo con la austera página



en que el ilustre guerrero derriba la tiranía y con la misma espada firma la constitución.

Y Santa Fe la laboriosa, que con el oro del trigal maduro nos asegura la prosperidad de la patria presente, y con la esmeralda del verde trigal la esperanza de la patria futura.

Y Buenos Aires, la más ilustre, la que nos inauguró la Patria en mayo, y por ser primera, nos dió en vez de una, dos grandezas: Rivadavia y Mitre.

Y Córdoba, que había ido dejando hasta ahora, como se deja a la madre, para el fin, por modestia y por ternura: Córdoba la universitaria, de quien podría decir tanto, pero a la que quiero solamente rendir aquella íntima florecilla del sentimiento, que al inclinarse bajo el viento del otoño, es, precisamente, más perfumada y más bella.

Y la inmensidad territorial del Norte, donde bajo los bosques chaqueños y misioneros, al aroma del cedro y del naranjo, ví un día realizarse, para mi bien, la leyenda paradisíaca de los ríos fragantes.

Y la Patagonia profunda, que entra en las frías brumas del Sur como una espada cuya empuñadura está ligada, por la franqueza de la mano, con nuestro mismo corazón. La profunda Patagonia de los rebaños, donde nuestro sabio fué a descifrar un día, en la piedra estampada por el fósil, el misterio casi eterno de los orígenes.

Eso es lo que cubre para nosotros la bandera argentina y lo que nosotros tenemos que cuidar por dentro y fuera. ¡Por dentro y fuera, entendámoslo bien! Pues así como dijo el grande, que nuestra bandera nunca fué atada al carro de ningún vencedor, tampoco será jamás manchada por mano ajena.

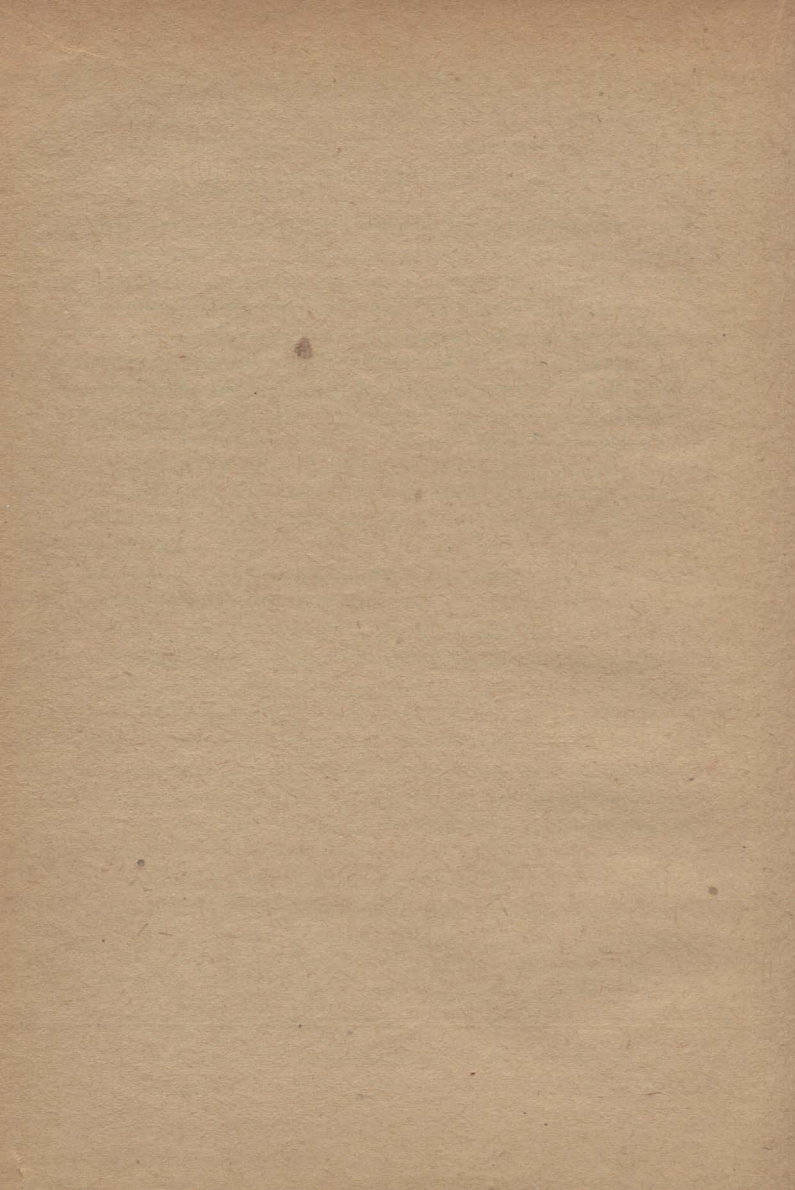
¡Juro — y en este instante siento que todo el país jura por mi boca — juro que no la han de manchar!



¡Y húndanse los cielos antes que ocurra tal infamia!

*(La sala, entonces, poniéndose espontáneamente de pie, aclamó en masa el juramento. Y el orador concluyó diciendo:)*

Este movimiento, en el que veo agitarse, más que las palmas batidas, los corazones que ellas parecen ofrecer, y aquella invocación a las alturas, infunden en mi espíritu la serenidad de lo inmortal. La bandera argentina no puede morir. Es el cielo mismo de la Patria, cruzado por la blancura de su bondad inmensa. La enarbola, intangible, la cándida nube promisor de fecundidad, y el sol le estampa a fuego la certidumbre sin término de su gloria.



# EL PELIGRO EXTERIOR

( 11 de Julio de 1923 )

---

Señoras y Señores:

Con el objeto de enterar a las personas que no asistieron a la anterior reunión, ya que los resúmenes publicados no fueron siempre fieles, condensaré en dos palabras lo más importante de lo que dije:

Sostuve, pues, que dada la existencia de un peligro exterior, y esto es lo que demostraré en seguida, no es posible que nos confiemos puramente a la acción militar; porque existe otro peligro interno, consistente en una masa de extranjeros inadecuados y enemigos, que se propone realizar aquí el programa de la Rusia maximalista por medio de la guerra civil: situación que nos obliga a colaborar con las instituciones militares, estableciendo entre ellas y nosotros una vigorosa solidaridad. Es necesario, añadí, y lo repito como síntesis de todo el programa en la materia, *que exaltemos el amor a la Patria hasta el misticismo, y que impongamos su respeto hasta la veneración.*

Conforme al mandato de nuestros padres, dije todavía, hemos querido constituir, juntos con los hombres de bien de todo el mundo, *una patria sin extranjeros. Y por lo mismo, no podemos tolerar que nos traigan de afuera la discordia.* Los sectarios que la fomentan, olvidan que no hay guerra civil con extranjeros. Porque toda guerra provocada por extranjeros, es una guerra nacional.



Mientras tanto, el comentario de prensa ha sido abundante. Abundante y variado, lo cual es mucho mejor, porque demuestra que ya he conseguido mi propósito: sacudir la indiferencia general. Lo que haya en eso de hostil para mi persona, reconozco habérmelo ganado por mis cabales. No pido ni doy cuartel, ni siquiera niego a mis adversarios el derecho de tirarme con lo que puedan. Me contentaré con no hacerlo yo, por indiferencia filosófica hacia la ofensa personal y la sospecha de intenciones. Pero esto concierne a mi moral privada, que, ciertamente, no deseo imponer a nadie. Por otra parte, el ensañamiento conmigo, demostrará lo irrefutable de mi argumentación, y esto es lo que me interesa. La confianza en el raciocinio, excluye la injuria. En toda controversia, el agravio es una evasiva. Recuerdo esta fórmula de integridad moral a la exaltada gente que se atreve conmigo, porque carece de intrepidez para confesar lealmente su simpatía con las sectas y los traidores que yo denuncio. Las mismas contradicciones que me saca, abonándolas con citas de veinticinco años atrás, comprueban que nunca eludí la responsabilidad de mis convicciones. Aquello es tan rotundo como esto. El que injuria en mí lo que no se anima a refutar dando la cara con lo suyo, busca mi amparo, no obstante su violencia. Lo que intenta, realmente, es disimular su conciencia en la sombra que me perfila. ¡Quién más enemigo que el parásito, y no sabe vivir sino colgado de lo que muerde!

Entrando ahora a ocuparme de la gente leal, quiero rendir pública acción de gracias a dos diarios extranjeros que merecen prioridad por su generosa benevolencia: *El Diario Español* y *La Patria degli Italiani*, viejos y probados amigos de la República. A algunos de los otros, me referiré en seguida; pero, a través

de todos, creo advertir un equívoco que conviene desvanecer:

Yo no traigo aquí una exposición ideológica, sino un estudio de hechos evidentes, y una actitud determinada por esos mismos hechos. Han pasado en mi país y en el mundo muchas cosas ajenas a mi voluntad, pero a las cuales tengo que conformarme, para no malograr mi acción de ciudadano en una inmovilidad estéril. Los principios son normas de conformidad con la vida; pero es ésta la que los adecua a su inmensa y misteriosa evolución.

Hace treinta años, cuando empecé a actuar en la vida, el país no era la sombra de lo que es hoy. No se le había planteado ninguno de los problemas sociales que hoy lo perturban, ni se cernía sobre él la doble amenaza que nos está preocupando. Los prodigiosos descubrimientos que todo lo han modificado, desde en la mecánica hasta en los conceptos fundamentales del Universo, eran todavía los cuentos de hadas de la infancia que acababa de pasar: el coche que andaba sólo, y que, para colmo de absurdidad, *llevaba sus caballos adentro...*; la carroza que volaba por el aire...; la carretada de luz *que pesaba* como el heno...

La guerra que ha derrumbado medio mundo, impuso, luego, rectificaciones formidables. Han renacido, cosas que creíamos moribundas, y han muerto otras que parecían recién nacidas a la esperanza. Hemos asistido al desenlace más enorme que recuerde la humanidad desde la caída del Imperio Romano. Fuimos y somos actores en ese acontecimiento cuyas consecuencias experimentarán varias generaciones. Y en medio de todo eso, únicamente yo permanecería con mis principios intactos, aunque estériles, con la vana pretensión de no cambiar, ajeno a todo, en una abstracción de ídolo! Pero yo me reí siempre de los ídolos,



y es de inferir la gracia que me haría verme incluído en su panteón.

No, señores: yo tengo algo mucho mejor que un sistema de principios rígidos: tengo un fin único, que es la grandeza de la Patria.

El momento histórico que atravesamos no es de controversia filosófica ni de ensayo social, que eso fué la obra de la democracia durante el siglo XIX y los primeros quince años del corriente. La guerra ha impuesto con tiránica generalidad la asunción del dominio por la fuerza. Fueron, precisamente, los rusos maximalistas quienes primero lo efectuaron; y su principal apóstol, Lenín, ha declarado en discursos célebres, que el pacifismo y la libertad *son prejuicios burgueses*, lo propio que los derechos del hombre. Es un principio de equidad, y más todavía: una consecuencia fatal, que cada cual cargue con las consecuencias de su doctrina. No tendrán, pues, de qué asombrarse los discípulos si experimentan a su costo la imperiosa fórmula, ya que la equidad constituye también para el apóstol *otro prejuicio burgués*. El actual momento histórico es para todos los pueblos un desenlace por la fuerza. Lucha de clases, revolución social, no significan otra cosa tampoco. Este estado del mundo, al ser un brusco cambio de posición, lo impone al criterio personal, como el ángulo del navío a sus tripulantes.

Lo único que puede reprochársele al hombre que se adapta — porque estamos esclareciendo aquí una cosa muy importante, y es mi autoridad moral para hablar como lo hago — lo único que puede reprochársele, es el interés venal que hubiere determinado su conducta. Pero, yo sigo trabajando en el periodismo con la misma dedicación de hace treinta años, al empezar la carrera; y no poseo más canonjía hasta hoy que la dirección de una biblioteca de segundo orden.

Pues llega aquí el momento de contestar uno de los



cargos que me hace cierto diario de partido: el de hablar con independencia, siendo a la vez empleado público.

Necesito definir mi actitud, para aligerar la conciencia de los que pudieran sentirse tentados por la sugestión...

Me importa poco el tal empleo. La burocracia nunca fué para mí caso de angustia ni de conciencia. Pero sí corresponde afirmar que no lo debo a ningún favor. Lo tengo en virtud del más respetable derecho democrático que es el de la idoneidad. Pues, quién va a dudar que sea yo idóneo para dirigir una biblioteca, cuando en el inmenso desastre de la enseñanza nacional, el último tinterillo de comité desempeña — digo mal — disfruta aquí de dos y tres cátedras...

Y no queda ya sino un detalle que valga la pena recoger: la imputación de un diario *argentino* que me barrunta corredor de armamento sobrante por cuenta del gobierno francés: diario *argentino* al cual definiré con decir que por la sospecha se le conoce lo poco que tiene de español y lo mucho de alemán.

Ahora bien, lo que sigue lo he escrito, para no arriesgar, siquiera en la improvisación, ninguna palabra excesiva, porque declaro que no abrigo para Chile y para el Brasil ninguna mala voluntad. Tratándose de lo que se trata, no se extrañará que le sacrifique un poco de mi oratoria. Porque no es mi propósito cosechar aplausos, ni hay que dar tampoco excesivo valor a unas cuantas frases que me salen bien por la sinceridad con que las digo.

La próxima pasada Conferencia Panamericana de Santiago de Chile, cuyo tema principal era el desarme, propuesto por el mencionado país, ha servido para revelarnos la existencia de un peligro exterior consistente en el armamento intenso de los dos países limítrofes más poderosos, bajo un concepto de concordan-

cia que provenía de mucho más atrás, y que no ha logrado, hasta hoy, explicación satisfactoria. Chile y el Brasil no tienen ningún interés común que cuidar con armas, porque ni son limítrofes, ni intercambian productos directamente. Su concordancia inexplicable, tiene que preocuparnos, porque venimos a quedar en medio de esos dos países, puestos en estado de paz armada, no obstante su persistente negación.

Bajo estos conceptos, la Conferencia nos ha salido valiosa, precisamente por el fracaso del tema que constituía su primordial interés. Hemos podido sacar de él una doble consecuencia: la inminente realidad de la paz armada que nos complica sin evitación posible, y nuestro absoluto aislamiento continental. Ambas cosas constituyen en todas partes el peligro exterior.

Excluyendo rigurosamente deducciones y conjeturas, como debe hacerse en todo análisis leal, veamos cómo pasaron las cosas.

La Conferencia preparábase con un programa llevadero, casi diríamos meramente social, de generalidades diplomáticas, y parecía tener por verdadero objeto, una aproximación general sin mayores consecuencias. Pero el tema del desarme, impúsole un carácter distinto, creóle un interés verdaderamente internacional, definió posiciones, quizá con menos habilidad que impaciencia, y así fué cómo la reunión entera fracasó junto con él en una afligente paradoja.

El caso es que habiendo invitado el gobierno de Chile a discutir el desarme, operación diminutiva de suyo, adhiere en el debate a la proposición brasileña que consiste en lo siguiente: aumento del tonelaje de alto bordo, cuyo *maximun* es de cincuenta y cinco mil toneladas en nuestro caso, a ochenta mil, lo cual significa la incorporación de otra potente nave; permanencia del actual pie de tropas terrestres y adquisi-



ción libre de buques menores y de submarinos. Así el minuyendo se trocaría en sumando, pero seguiríamos llamándole minuyendo en homenaje a la fraternidad americana.

Tal es de imperiosa esta fraternidad, y de un modo tan completo elimina toda amenaza de guerra, que la prensa de ambos países, al insistir en ello, comete una nueva paradoja: la de comprobar con la falta de motivo para armarse, que es, precisamente, la seguridad de la paz, el motivo perentorio de adquirir armas.

Y no armas defensivas, sino de la más amplia eficacia ofensora, como si el estado de Europa y la doctrina de Monroe, en pleno renovado vigor, no excluyeran toda posibilidad, siquiera remota, de conflicto con un país del Viejo Mundo.

Por otra parte, habiendo sostenido la delegación argentina que el estado de paz armada existe en América, y los brasileños y chilenos que no, la divergencia prueba, en el mejor de los casos, gran proximidad a esa situación. Siendo ello así, cualquier aumento de importancia en la materia crea el estado en cuestión, y es lo que va a ocurrir por desgracia.

La sola idea de arreglar nuestras cosas militares, aun cuando no importa aumento ninguno; la adecuación de las vías férreas del Estado a las necesidades estratégicas, conforme sucede en todo país cuyo gobierno construye ferrocarriles, aumentan la tensión, y los mismos autores de la paz armada nos hacen con ello capítulo de cargos y de sospechas. Tal era, como va a verse, y tal es, agravada todavía, la dura realidad.

Ahora bien, el presidente Alessandri había pronunciado en su discurso inaugural de la Conferencia, estas palabras dignas de recordación:

“Prueba la historia que la paz armada es un estado psicológico destinado, tarde o temprano, a producir la



conflagración y el estallido; que absorbe las fuerzas económicas, succionando las energías vitales de la industria y el comercio, las actividades sociales; y si gobernar es prevenir, cumple a las mentes que dirigen en el mundo americano, salvar los escollos de la ruta, paliando en alguna forma los estragos que ella causa”.

Tan excelentes propósitos, desvanéense a poco andar en un equívoco pesimista. Aun cuando nuestro país no siguiera al Brasil y a Chile en el programa que consideran de mínima necesidad, la paz armada sería un hecho. Basta recordar que ese programa acarreará un aumento considerable a Chile, país que en 1921 aplicó el treinta y dos por ciento de su presupuesto a gastos militares; mientras para el Brasil, que invierte el dieciocho por ciento, representará una brusca elevación a cerca del doble. En un treinta y dos por ciento de lo que gastaba en 1913, redujo Francia el año pasado su presupuesto militar; y el único país de Europa que invierte en gastos militares más del treinta y tres por ciento de sus entradas presupuestas, es España durante el ejercicio actual, con la guerra de Marruecos encima.

Por otra parte, no andará Chile tan escaso de armas, cuando pocos meses ha cedía una partida importante el gobierno del Paraguay, que, según parece, las necesitaba para combatir la revolución. No por suspicacia, sino porque es documento íntimamente ligado con estas cosas, debe recordarse que fué el delegado del Paraguay a la Conferencia, quien propuso una de las mociones tendientes a salvar la delicada situación de Chile, al complicarse la cuestión de los armamentos: propuesta que nuestros delegados consideraron inaceptable con razón.

Pero, en el mismo párrafo de su discurso, el presidente Alessandri había añadido esta cláusula cuyo ver-

dadero alcance comprendemos ahora: "Por eso, respetando derechos y circunstancias especiales, sin detrimento de la dignidad, las conveniencias y necesidades de los pueblos de América, podría buscarse la fórmula salvadora donde concuerde el resguardo de sus más grandes y nobles intereses".

Esos "derechos y circunstancias especiales" resultan forzosamente los del Brasil, no sólo por ser los únicos argumentados en la reunión, sino por la preeminencia que les ratifica la adhesión de Chile.

Ya veremos que esto venía de más lejos. Recordemos, para concluir con esta parte expositiva del asunto, que a fin de evitar, precisamente, celos y sospechas, la República Argentina propuso como límite su propio tonelaje de alto bordo, y la consiguiente discusión del desarme completo en tierra y agua. Su falta de temor a complicaciones con los países del Viejo Mundo, única vaga sospecha restante en la ocasión, la abonaba el monto creciente de su comercio ultramarino, muy superior a los del Brasil y Chile; ya que respecto de América, definían su concepto de la fraternidad las obras que son amores. Así el arbitraje amplio, o sea el único perfectamente leal, y el respeto a la igualdad de opinión que todos los países americanos deben tener cuando se trate de los intereses de América. Lo contrario es jugar a las potencias — peligroso juego a fe — con retraimientos y combinaciones de carácter imperialista o tutelar.

Dilucidemos ahora la actitud aparte del Brasil.

El pueblo brasileño, representado por una clase gobernante ciertamente digna de su cometido, y por una prensa tan ilustrada como patriota, consideró siempre de lógica natural, que le correspondía ser la primera potencia militar de Sud América. Y digo de lógica natural, porque su propósito se funda en la mag-



nidad territorial y demográfica: a mayor territorio y mayor población, mayor fuerza armada. Probablemente abriga también, ahora, la intención no menos respetable de poner su poderío militar a la altura diplomática alcanzada con su participación en la gran guerra; y en todo caso, es cierto que nunca abusó de la superioridad por momentos alcanzada.

Pero la preocupación dominante de esta superioridad, sobre todo si no va paralela con la potencia económica, conduce al estado que describía el presidente Alessandri, convirtiendo a la guerra en una liquidación fatal; condiciones que necesariamente inquietan a los vecinos. No se requiere, ni creo que haya motivo por el momento, atribuir oculta intención al país que se arma; pero la lógica de los hechos es tan imperiosa como la de las ideas, y el mundo acaba de experimentarlo — mejor dicho, sigue experimentándolo — en forma tal, que fuera necio echarlo a olvido.

No hay desarme sino en la equivalencia determinada por la defensiva previsible. El desarme es un sacrificio de la posibilidad peligrosa a la tranquilidad segura. Es asunto civil, no militar. Y en la moral de los pueblos, como en la de los individuos, la mejor salvaguardia contra las tentaciones es evitar la ocasión.

La paz armada, moralmente impuesta ya por el triunfo de la tesis brasileña, al haberla adoptado Chile, o sea el otro país sudamericano que la soporta, ha tenido una aquiescencia, extraña al parecer, de los Estados Unidos, recientes campeones del desarme universal. Extrañeza aparente, desde que pocos meses ha llegaba al Brasil una importante misión naval de la Unión, con el objeto de reorganizar la escuadra; siendo de fácil inferencia que eso correspondiera a un programa de categoría igual.

No se envía una misión reorganizadora, presidida por



un almirante, para jugar a la escuadrilla de parada en un país tan serio como el vecino.

Porque — y aquí empieza la mención de las cosas más serias — es que los Estados Unidos deben al Brasil la solidaridad del peligro. Cuando este país entró en la guerra contra los Imperios Centrales, por bien entendida y justa solidaridad con la Unión, señalé el hecho, evidenciado ahora, de que esa actitud le asignaría el carácter de única "potencia" sudamericana, ya que ni Bolivia, ni el Perú, ni el Uruguay, poseían la capacidad material de serlo. Y en ese mismo abril de 1917, calculando "que si triunfaba la alianza, la actitud del Brasil le granjearía preferencias entre los vencedores", agregaba: "Tan extraño sería que esto no ocurriera, como que a la Argentina le pasara sin haber hecho nada para obtenerlo. Por esto he dicho que en nuestra actitud solidaria con los Estados Unidos, coinciden el honor y el interés bien visto de la Patria". (*Mi Beligerancia*, pág. 188: "El americanismo").

Esta y las otras citas que haré, no tienen por objeto volver sobre lo irreversible, sino basar en aquellas advertencias, confirmadas sin excepción por los hechos, las consecuencias ciertamente graves que me propongo sacar.

Antes, en el primer artículo de aquella ruda campaña cuyos escritos pasaron intactos, por probidad histórica, de *La Nación*, alta fortaleza de patriotismo y de verdad, a los libros *Mi Beligerancia* y *La torre de Casandra*, refiriéndome a la neutralidad que el llamamiento de Wilson no consiguió romper, había afirmado:

"Nuestra negativa quebrantó gravemente la solidaridad americana, pues comportaba una declaración de aislamiento ante el más grave peligro continental. Fuimos ingratos con la nación hermana y torpes

con nuestro propio destino". (*Mi Beligerancia*, "Neutralidad imposible", pág. 163).

Es el aislamiento en que siguen dejándonos, como acaba de verse: completamente solos, a pesar de nuestra excelente intención y buena doctrina.

Pero he aquí afirmaciones más categóricas:

En octubre de 1917, bajo el título "Sendero de perdición" (*La torre de Casandra*, pág. 37): "El gobierno púsose a fabricar por su cuenta un panamericanismo neutralista, cuyo menor defecto fué el aborto en el huevo. El momento, por lo demás, no podía estar peor elegido, ni comportar una desarmonía más incómoda con la gran nación del Norte. Tanto la prensa de esta última, como la europea de más significación, denunciaron aquel plan, atribuyéndole el propósito de destruir la armonía panamericana. Y efectivamente: no sería esa la intención, pero asimismo resultaba de suyo"

Al celebrar el triunfo de los aliados en noviembre de 1918 ("La hora de la victoria", ídem, pág. 137): "Hemos quedado, solos ante lo irreparable. Tan solos, que hasta de cómplices carecemos".

Y en mayo de 1919 ("La hora de la Justicia", ídem, pág. 148) recordando el funesto error de no participar en la empresa victoriosa: "El país no quiso hacerlo, prefiriendo la paz del limbo, que es, por cierto, la región neutral, a la aspereza del camino glorioso; y cada vez más notaremos, porque estas cosas van siempre con lentitud, cómo aquella deserción nos pone de suyo entre los vencidos".

He ahí el secreto de nuestra reciente derrota en la Conferencia Panamericana, donde la más leve insinuación de los Estados Unidos habría cambiado completamente las cosas. Pero concluyamos la mención, que tan copiosa podría ser, de advertencias desoídas. Es



que, al hacerlas, no ignoraba la buena memoria de los países anglo-sajones para la conducta que se observa con ellos, su firme paciencia para esperar la ocasión, tan distintas de nuestro olvidadizo desenfado; y sabiendo, según lo supe y lo publiqué con pertinencia, que en los Estados Unidos considerábasenos nación casi enemiga por actitudes como la observada en el caso Luxemburg y por intenciones como el congreso de neutrales, no dudaba lo que había de sobrevenir. La renuncia telegráfica del ministro Naón; advertencia desesperada ante la actitud de la opinión americana respecto a nuestro país, tampoco reveló la magnitud del desacuerdo. Poco tiempo más y todo cayó en el olvido. Habíanse reanudado los negocios, los magníficos negocios cuyo fruto podemos, sin embargo, perder en tres años de paz armada.

Mientras tanto, el fracaso de aquella nueva escuela diplomática no puede ser más completo. Acaba de perderse a la última carta que le quedaba en la extensa intimidad con Chile, cuya preferencia nos pone en berlina cuando se trata de optar. Y no lo digo como reproche a la nación transandina que, desde luego, nada había comprometido. Cada país es dueño de apreciar según le parezca su conveniencia nacional. Lo menciono para los que se engañaron con tan rara perfección y para la gente que puso en ellos su fe. Nada más cobarde y pueril que imputar los propios desacuerdos a quien de ellos no comparte, o al que aprovechó mejor los acontecimientos, acertando en consecuencia. Lo viril es corregirse, no echar culpas sobre otro; reconocer el error, no transformarlo en ojeriza contra el que hizo perfectamente evitándolo.

Es natural que si Chile, después de proponer el desarme en declarada armonía con la iniciativa de la Unión respecto a las grandes potencias, advirtió el cambio



de política de aquélla para la América del Sur, y esto parece conforme con su perspicacia diplomática, es natural, digo, que se pusiera en la misma línea de conducta por el proverbial motivo de ser león el león y de tenerle sometida a fallo arbitral su ardua cuestión del Pacífico. Positivo es también que para una parte de la clase gobernante chilena, nuestro pleito fronterizo no quedó definitivamente resuelto por los pactos de 1902; con lo cual subsiste, perturbando al menos la memoria de ese grupo director, lo que podríamos llamar la quimera patagónica.

Algo mucho más importante y positivo es la revelación procedente del mismo Brasil, de que antes de la Conferencia existía entre dicho país y Chile una concordancia de esfuerzos para establecer el equilibrio sudamericano. El delegado brasileño, señor de Mello Franco, en su notable discurso del 21 de abril ante la respectiva comisión de la Conferencia, recordaba el hecho importante de que tanto Chile como el Brasil habían rechazado por insuficiente el tonelaje propuesto para los países de la América del Sur en la Liga de las Naciones. Ya en la primera asamblea de dicha sociedad, el Brasil lo hizo con la propuesta de no aumentar durante los años de 1922 y 1923 los presupuestos militares de 1921. En la tercera y última reunión de la Asamblea de la Liga, propúsose extender el Tratado de Washington para la limitación de armamentos de las grandes potencias, a los países no signatarios. Chile y el Brasil se opusieron. Véase una cita textual del mismo discurso: "Debemos señalar aquí que cuando fué votado en la Subcomisión Naval de la Comisión Permanente Consultiva el artículo 4.º, que fijaba el tonelaje total de los buques de línea de substitución calculada según el desplazamiento y tipo, la delegación francesa, de acuerdo con la mayoría de los representantes de las potencias signatarias, presentó la siguiente nota que

fué aprobada e incluída en el texto de la Convención: "Tout en ayant redigé l'article 4 en conformité des principes du statu quo, la majorité des membres de la Sous-Commission Navale croit devoir appeller l'attention du conseil sur l'inegalité qui en resulte entre les forces navales respectives des trois Etats sud-américains: Argentine, Brésil et Chili. Alors qu'ils estiment que ces trois Etats devraient logiquement avoir des forces navales mieux équilibrées, dont le tonnage total en navires de ligne ne devrait tutefois rester inférieur a quatrevingt mille". Aparece ya, según se ve, el límite de ochenta mil toneladas, evidentemente sugerido a la delegación francesa por Chile y por el Brasil. Nuestro país figura en compañía de esos dos Estados; pero como a consecuencia de la nueva escuela diplomática, abandonamos el puesto que nos corresponde en la Liga, ni supimos nada de eso, ni pudimos hacer valer nuestra opinión que habría sido contraria. Aviso a los que creen que dicho abandono carecía de importancia; pues si bien no nos opone un obstáculo material, nos pone en situación moralmente incómoda. En cambio, véanse las consecuencias que saca de ello el Brasil:

"Los trabajos de la V Conferencia Internacional Americana para la reducción de los armamentos, no pueden desligarse de la orientación política de la Sociedad de las Naciones, y bien se dió cuenta de ello la tercera asamblea de aquella sociedad, según se ve por el aplazamiento acordado para la discusión de este asunto hasta la realización de la actual Conferencia Panamericana."

"Habiendo sido proclamados en la resolución XIV de la tercera Asamblea de las Naciones los principios que deben regir la cuestión de la limitación de armamentos, todos los que somos miembros de dicha sociedad debemos modelar nuestra conducta por aquellos pre-



ceptos ya aprobados, puesto que no pueden coexistir dos orientaciones distintas sobre el mismo asunto". (Discurso del señor de Mello Franco en la citada reunión del 21 de abril).

Es toda una perentoria determinación de conducta que, por lo demás, obliga también a Chile; y por aquí ha de apreciarse con cuánta precisión sagaz y céntrico acierto desbarató el director de "La Nación", D. Jorge A. Mitre, con su artículo ya famoso, aquella conferencia tripartita de Valparaíso, a la cual habríamos concurrido, según se ve, bajo mayoría hecha de dos contra uno.

Pero faltaba, por decirlo así, el golpe de gracia. En la última sesión de la Comisión de Armamentos, el embajador brasileño en Santiago declara que durante las gestiones preparatorias de la Conferencia, el gobierno chileno estuvo informado por él de que el Brasil imponía como condición previa para tratar el punto XII del programa, la reunión tripartita. Todo estaba, pues, malogrado de antemano, el tema se subvertía en un equívoco, y los debates habían sido inútiles, según lo declaró acto continuo nuestro embajador. La consecuencia es obvia: si el gobierno chileno dejó de comunicar al argentino aquella reserva que volvía estéril y hasta peligrosa para nosotros la discusión, es porque le interesaba más el Brasil. "Mi país jamás ha tenido noticia de esas gestiones", afirmó nuestro embajador; "y llama la atención, añadió, que sólo en la última sesión se nos lo revele". La famosa concordancia entre Chile y el Brasil era, pues, excluyente para la República Argentina.

Si bastaran las satisfacciones de conciencia, habría que contentarse con callar, refiriendo al juicio de los espectadores la moraleja de la pieza. Lo malo es que todas estas hurtadillas entre naciones son amenazas.



Constituyen la diplomacia secreta de sanguinaria tradición.

No puede negarse que la diplomacia del Brasil procedió con mano maestra. Es su bien ganada fama y la ratifica una vez más; pero debe convenirse, también, en que nuestros desaciertos le allanaron como adrede el camino.

Mientras acomodaba su política con los Estados Unidos y con la Liga de las Naciones, lo cual le redunda ya en consecuencias que estamos palpando, nosotros preferíamos el portazo de Ginebra, aplaudido por el maximalismo de afición, como alababa al oso, por los traspiés, el marrano de la fábula. Así hemos logrado el aislamiento absoluto, no sólo en América, sino en el mundo entero: situación que empieza por crearnos la desconfianza consiguiente. Nada hay más alejador que la soledad; y con ser espléndido el aislamiento británico, no pudo, al fin, soportarlo el coloso.

Angustiosa inestabilidad que de un momento a otro puede crearnos la amenaza bajo la cual ya nos supone desde el exterior un diario amigo:

“Desde hoy se sabe que la Argentina se halla amenazada por ambos lados; y si deja de atesorar energías supremas para sortear ambos peligros, podrá verse en una situación perdida”. (*La República de La Paz*; abril 28).

Esa voz simpática nos da, entretanto, la fórmula. Hay que atesorar energía. Necesitamos alcanzar cuanto antes dentro de nosotros mismos la plenitud del vigor y de la potencia que son expresiones de salud moral y física, para recobrar con el prestigio que sólo impone la fuerza integral de los pueblos, la situación correspondiente en el concierto, no en la discordia, de las naciones. Salud, vigor y potencia. ¿Poseemos estas tres virtudes en grado tal que podamos seguir abandonados al optimismo? Vamos a verlo.

Pero ahora vaya una declaración final que me parece necesaria. Esta comprobación de soledad, no es cosa que haya de amilanarnos. Solos y pocos, es como hicimos en los tiempos de la gloria y del honor las mejores cosas.

Solos nos echamos un día a la inmensidad del mar en el pequeño bergantín de Buchardo, y nos paseamos el agua amarga y obscura, aclarándonos el camino con el pedazo de cielo amarrado al asta, y abriéndonos calle a través de las latitudes con el delantero borbotón del tajamar. La Argentina que se vió entonces, no ha tenido parangón después, pero no dudamos de que podría volver a verse.

Y solos hicimos un día, a través de los Andes enormes, aquel paso que recordábamos ayer. Quienes como yo hayan visto los parajes, habrán sentido seguramente la misma impresión. A la apertura de las primeras quebradas, está ya usted en el país de los titanes. Aquí le sale al paso un derrumbadero en el que está bamboleando el vértigo. Allá, entre dos dentelladuras, aparece el torvo cielo de la montaña que dijéraselo acerbo como la mar. Aplastan las paredes oblicuas de piedra roja, que parecen costillares abiertos. Revientan en tumores de un negro infernal los bituminosos esquistos. El agua misma es como si tajara con los cascots de su cristal hecho pedazos. Donde poner el pie no hay, ni donde volar siquiera. El cielo, asaltado por los montes, desaparece. El cóndor mismo no se arriesga hasta allá. Pero allá, en esa soledad de silencio y de nieve, allá donde no se podía, pudo y triunfó el hombre nuestro. Una Argentina así no ha vuelto a verse. Pero ¿quién duda que podría volver? Y entonces una reflexión se impone: ¡Lo que puede un argentino inspirado por la patria y la libertad!

Yo os propongo, señores, que pensando en estas co-

sas, saludemos con particular afección al ejército argentino recientemente agraviado por un encono regresivo y lugareño. (1) Y que en el fondo de nuestras almas, en ese silencio continente de toda música, porque es el reino intangible del amor y de la belleza, cantemos nosotros el *Tedeum* que faltó: el *Tedeum* de los corazones, levantados como cálices rebosantes de sangre generosa, para el voto de supremo desagravio: por la Patria en la inmortalidad.

*(En este punto final, toda la concurrencia se puso de pie en un aplauso que duró varios minutos y que, en el ambiente de la sala, constituyó la adhesión al desagravio propuesto).*

---

(1) Alusión a cierto gobernador de provincia que enconado contra el regimiento nacional de guarnición, había suspendido las fiestas patrias, iniciadas tradicionalmente con el *Tedeum* oficial, para impedir, así, que dicho cuerpo rindiera honores a la bandera de la Patria.





# TERCERA CONFERENCIA

(14 DE JULIO DE 1928)

## DISCIPLINA NACIONAL

Señoras y Señores:

Así como durante la guerra el patriotismo consiste en el deber militar, durante la paz lo constituye el ejercicio de la disciplina nacional, o sea el concierto de todas las fuerzas útiles del país, a fin de que éste alcance el mayor bienestar y seguridad posibles. En tal forma, la felicidad común es también la de cada uno. Si este concepto de disciplina se pierde, el país puede seguir existiendo como entidad geográfica y política, pero no como entidad social; porque en vez del antedicho concierto, las fuerzas útiles se dislocarán en una multitud de grupos hostiles, al no perseguir cada uno sino su provecho egoísta, convirtiendo la interdependencia equitativa en recíproca explotación. Tal es el resultado funesto de la lucha de clases en que consiste la política del colectivismo, y tal la razón de que éste sea naturalmente antipatriota. La disciplina nacional requiere, pues, direcciones vigorosamente nacionales, no sólo en el orden político, sino en todos los demás, tal cual nos lo demuestran con rigor insuperable y por extrema oposición, el *fascismo* italiano y el maximalismo ruso. En ambos regímenes, el gobierno ha suprimido la lucha de clases; e in-

sisto en que ello comporta la demostración de una irrefragable necesidad. La idea de mando se sobrepone otra vez a la de gobierno.

La ruptura o el debilitamiento de la disciplina nacional en caso de peligro exterior, constituyen actos de traición, según otro concepto imperativo no menos común a entrambos esos sistemas; y la disidencia activa en que consiste la libertad política, les resulta a los dos perniciosa o despreciable. Es que la cuestión de hecho a que la lucha de clases redujo brutalmente todo el problema social, busca su desenlace natural en un choque definitivo. El mundo entero se decide con inevitable premura; y fracasadas las esperanzas colectivistas en una transformación disolvente de la patria y de la conciencia individual, la patria y el individuo levántanse más imperiosos que nunca. La dictadura del proletariado, engendra por reacción a la dictadura del patriotismo; pero ambas encarnan en un jefe, es decir en un tipo superior: Mussolini o Lenin, lo que ya es un triunfo individualista. La democracia viene a ser como algunos lo habíamos presentido, una mera transición: estado que puede volverse pernicioso para el país, si se exagera, porque todo lo transitivo es inseguro. Así la acción democrática resulta a su vez intermitente y aventurera.

Ahora bien, ante ese movimiento que nos comprende en su universalidad, y dada la situación de peligro que la paz armada nos plantea, ha llegado el momento de saber si nos decidimos por el colectivismo internacionalista, vale decir por la revolución social, o si nos reintegramos vigorosamente en la Patria. Cuando de un momento a otro puede hallarse en juego la existencia misma del país, no es caso de vacilar. El deber obliga a postergar con implacable estoicismo toda aspiración ideológica y propósito mediato, para



acometer un programa de acción cuyo objeto sea el restablecimiento imperioso de la disciplina nacional. Hallándose ésta quebrada con la aterradora profundidad que va a verse, dicho movimiento tiene que ser una reacción hacia la norma de ya probada eficacia. Pues del otro lado no hay más experiencia que la rusa cuyos frutos son hasta hoy la humillación, la desmembración y el hambre.

La República hállase postrada por una plaga espantosa que ha llegado a comprometer la existencia de naciones mucho más fuertes: el electoralismo o demagogia legal, que en todos los círculos diplomáticos de América se comenta como el elemento más positivo de fracaso para nuestro país, si llegara a verse en peligro. Algún posible rival, ha argumentado con nuestro ejemplo para evitar ese azote.

El electoralismo es, prácticamente, un régimen de soborno que trata de poner la masa votante a sueldo más o menos permanente o disimulado, invirtiendo con dicho objeto los recursos del país. Por eso hemos visto que todos nuestros partidos, sin excepción, entregáronse bajo su estímulo a una verdadera puja, no para ganarse la voluntad del pueblo según reza la paparrucha democrática, con obras de utilidad general, sino para crear realmente una monstruosa burocracia: la más abundante y cara del mundo, en relación a nuestra magnitud demográfica y económica; mientras los servicios públicos: transporte, comunicación, salubridad, policía, subsistencias, derrumbábanse en el desastre. Basta ver cómo se ha encarecido la vida, cómo han aumentado el vicio y el crimen, y cómo han invadido el territorio enfermedades que a semejanza de la hidrofobia, la peste bubónica, la viruela y la lepra, son la vergüenza de cualquier país civilizado. Así en comarcas enteras, y no de las menos prósperas, las de-

funciones superan a los nacimientos; la miseria fisiológica y la contaminación tuberculosa rebajan a menos de la mitad clases completas de conscriptos: generaciones de veinte años condenadas ya a la inutilidad y a la muerte; mientras en poblaciones próximas al ferrocarril, prodúcense, como en las regiones in-comunicadas de la India hambrienta, casos de senilidad raquítica que afectan a criaturas de cinco años...

La administración se declara impotente por falta de recursos, no sólo en esos lejanos parajes, sino en la misma Capital de la República cuyo desaseo y cuyos servicios hospitalarios, para no citar más que dos ejemplos, alcanzan la peor fama. Aunque correspondan a la nación servicios tan costosos como el de las aguas corrientes, el presupuesto municipal equivale al cuarenta y seis por ciento del presupuesto total de la República de Chile; y con los aumentos que amenazan para el año próximo, lo excederá en la mitad. Este del corriente año, equivale al noventa y seis por ciento del presupuesto total de la República del Perú. ¿En qué invierten tantos millones, si todo es insuficiente o se halla desastrado hasta la miseria? Acabamos de saberlo: el cincuenta y cuatro por ciento, en burocracia, mucha de la cual es de nacionalidad extranjera; mientras la mestiza corporación se entretiene en discutir el fusilamiento de los ministros griegos y en jugar a las cuatro esquinas con las estatuas de los próceres.

El congreso nos prepara un año más sin presupuesto, lo que es el despilfarro anónimo y discrecional, o un presupuesto con doscientos y tantos millones de déficit. Mientras tanto, el déficit acumulado desde 1916 hasta 1921, monta a más de seiscientos veinte millones de pesos. Sale a cien millones por año, lo que equivale, solo en déficit, a dos tercios del presupuesto total de Chile. La deuda pública pasa de dos mil cuatro-



cientos millones, entre los cuales mil millones son deuda flotante o exigible en el acto. Esta deuda flotante excede en más del doble a los ingresos totales de la nación, mientras su cuasi tercera parte corresponde a gastos improductivos, es decir al soborno electoral, que sale costándonos, así, trescientos millones. Y para que se vea hasta dónde es grave todo esto, el ministro de hacienda declaraba el otro día en la cámara de diputados, que “la capacidad financiera de la República no permite pagar mil millones de deuda flotante y seiscientos cuatro millones de presupuesto: sería la ruina nacional”. Entonces la cámara sanciona seis cientos setenta y ocho millones...

La moneda se deprecia progresivamente, y el más sólido y rico de nuestros ramos de producción: la ganadería, se halla en desastrosa crisis. Es el momento en que el congreso la abandona después de un debate estéril, sin que se sepa bien por qué. Una mala cosecha agrícola, y estamos ya en la catástrofe. Tal es la situación en que nos ha puesto el electoralismo, entregado al pillaje del país.

A esto corresponde, naturalmente, un considerable atraso y desorden industriales, que explican en gran parte la carestía de la vida. Somos grandes productores de cueros, y nuestro calzado vale más que en Londres, aun cuando la Gran Bretaña es país importador de aquella materia prima. El pan acaba de alcanzar en París un precio tan alto, que solamente lo tuvo igual durante el sitio de 1871. Pues bien, el kilo de dicho alimento cuesta todavía cinco centavos más de nuestra moneda en Buenos Aires. Dueños de una de las cuencas salineras más vastas del globo, importamos sal de España.

No producimos un gramo de hulla ni de hierro, aun cuando poseemos mejores yacimientos de estos mine-



rales que Chile y el Brasil, donde se dá grande impulso a la industria siderúrgica que es la primera en la paz y en la guerra. El petróleo es insuficiente, y el único yacimiento que laboreamos se halla situado en una costa abierta, a tiro de rifle de las aguas profundas. Poseemos la tercer área forestal del mundo, poblada con más de ciento cincuenta especies de maderas de todos los tipos útiles, y dominan nuestro mercado los productos de Noruega o de Rumania. La leña argentina cuesta en Buenos Aires más que la hulla importada de Inglaterra.

Si la paz armada nos obliga a desembolsos urgentes, la sobrecarga en semejantes condiciones resultará desastrosa. Habrá dinero, sin duda. Pero es prudente no olvidar que en situación mucho menos seria, porque el estado del país era mucho mejor, la cuestión con Chile nos produjo, más de veinte años ha, el desequilibrio monetario que padecemos todavía. Tanto lo padecemos, que mientras según el tipo fijado por nuestra ley de conversión, cien dólares valen doscientos treinta y cinco pesos con cincuenta centavos papel, el Banco de la Nación cotiza dichos cien dólares, no a ese precio, sino a doscientos noventa (1). Esto sin negar, naturalmente, la influencia circunstancial que comporta la clausura de la Caja de Conversión, como todo régimen de curso forzoso por disfrazado que sea. El extranjero, a su vez, nos explota a mansalva, aprovechando la corrupción y el desorden, ya por medio de monopolios, ya con especulaciones que todo país considera ilícitas. Así, la libertad bancaria, que no es tal, sino abandono, autoriza por omisión, vale decir por falta de gobierno, un comercio con frecuencia perjudicial en la materia. Nuestra administración

---

(1) La cotización está ya a 322, sólo cuatro meses después.

de hacienda es un desbarajuste permanente entrecortado por espasmos despóticos.

En su triple carácter de dilapidación, desorden y abandono, todo eso proviene del soborno electoral a que deben entregarse los representantes del pueblo para mantener la clientela. Ello es, en todas partes, consecuencia fatal del régimen mayoritario; de suerte que resulta inútil buscarle remedio en el propio régimen. Por otra parte, eso de la mayoría es una mentira convencional. En la última elección de la Capital, por ejemplo, han dejado de votar más de cien mil electores: el doble, pues, que los votantes del candidato victorioso. Cada vez se vota menos, y el elector que más vota es el analfabeto, como está demostrado. Se ha dicho con verdad que el mejor gobierno es el que menos cuesta. Proporcionalmente a nuestros recursos y a nuestra población, nuestro gobierno es el más caro que existe. Los altos sueldos son mayores que en los Estados Unidos, aun cuando allá se gobierna ciento diez millones de habitantes y se maneja la política del mundo...

Nuestro congreso se ha vuelto una institución maléfica y sospechada, y él mismo lo otorga con la denegación de medidas que los parlamentos más corrompidos no rehuyeron jamás, mientras abusa de privilegios repugnantes al concepto republicano. No soy de los que creen que no se puede vivir sin congreso. Las instituciones humanas corresponden a determinado servicio; y por voluntad de los mismos hombres que las organizaron o consintieron, desaparecen cuando dejan de servir.- El principio mayoritario no es un dogma, ni justifica nada que esté fuera de la moral y de la utilidad pública. En este caso es, por el contrario, un despotismo más odioso que cualesquiera. Cuando el electoralismo compromete la salud de la Patria, el dilema es de



vida o muerte: o desaparece la enfermedad o la Patria se hunde. No hay sistema de gobierno superior a la Patria, porque ésta vale siempre más que el gobierno. Los sistemas cambian, pero Ella los precede y persiste. Todo sistema es un ensayo. La Patria, es la realidad permanente. No hay fórmulas absolutas o inflexibles para organizar la Patria. El bien de la Patria, que prácticamente se define por la disciplina nacional, requiere un conjunto de aplicaciones empíricas, ajenas al principismo. Porque no a éste, sino a la vida, tenemos que conformarnos para vivir, mediante la variable adaptación a que nos obliga nuestra ignorancia de las leyes vitales. Cualquiera que sea, pues, el valor ideológico o legal de una institución o un principio, los declararemos malos cuando debilitan y desordenan a la nación, comprometiendo su seguridad con ello.

Para rebajar más aún la disciplina, el sistema rentístico tiene por fundamento los derechos de aduana, reconociéndolo inícuo y sabiendo hasta dónde puede llegar su inseguridad en caso de guerra: como que, entonces, dependería de un bloqueo o de un contraste naval. Pero la corrupción electoralista ha ganado también esa fuente de recursos, con ser vital su importancia. Subordinado a una sociedad sectaria de dirección extranjera, el puerto de Buenos Aires cuesta mucho más y produce mucho menos que antes de hallarse bajo ese curioso régimen. Al aumento de salarios, añádese un servicio de sistemática deficiencia, que cuando se trata, por ejemplo, de vapores postales con salida fija, retarda hasta lo inverosímil las operaciones diurnas, para obligarlos a ocupar personal durante la noche o los días de fiesta, con doble retribución. Acondicionado para descargar hasta ochocientas toneladas diarias de mercaderías generales, el puerto ofrece un promedio de ciento treinta, que sólo excep-



cionalmente llega a ciento ochenta cuando más. El *minimun* establecido por el reglamento, es, sin embargo, de cuatrocientas toneladas, regularmente excedidas antes de la explotación actual. Para premiarla, sin duda, la comisión de presupuesto de la Cámara de Diputados, incluye en la retribución extraordinaria del personal de carga y descarga al desembarco de pasajeros, aun cuando éstos no necesitan servicio alguno. (Notas del Centro de Navegación Transatlántica al administrador de la aduana y al ministro de hacienda, en 1.º de marzo y 27 de abril del corriente año): es la puja demagógica que continúa a costa del interés general, y que engendra actos de ligereza inexplicable, como la adhesión a la llamada fiesta del 1.º de mayo, y la presentación de un proyecto de ley que declara nacional a dicha "fiesta" en el propio mes de la Patria, el luminoso Mayo de la gloria argentina; mientras los dueños de la tal fiesta, corresponden a tanta obsequiosidad con manifiestos de odio, en los cuales se hace la apología del asesinato y se insulta la memoria de Falcón y de Varela, llamándoseles chacales feroces y cobardes asesinos. El ejército, que sabía ya por el caso de Santiago, lo que vale para él la justicia en manos de los políticos, puede apreciar, así, la simpatía que le profesan. Acabamos todavía de asistir al caso inaudito, más por su éxito y su impunidad que por su anárquica regresión, de un gobernador que suprime por su cuenta la fiesta patria, como si fuera cosa propia, para impedir que rinda honores en ese acto un batallón del ejército nacional: aquel mismo cuerpo que ya fuera sangrientamente insultado. Esto demuestra hasta qué punto alcanza la depravación política que esas mismas espadas deben sostener, en homenaje a una fidelidad y a un pundonor tan poco retribuídos...

Pocos días antes, la municipalidad de la Capital sustituía en una de nuestras calles el nombre conmemorativo de un combate ganado con sangre argentina, por el de un sabio extranjero al cual todos deseábamos glorificar, pero no a ese precio. Porque la sangre de nuestros soldados no lo tiene, fuera de la propia gloria así ultrajada con el olvido y el desdén.

Es que la demagogía se ha contagiado de comunismo antinacional a fuerza de imitarlo por especulación, y de confundir democracia con electoralismo. Mas, sobre su acción ya muy nociva para la prosperidad del país, los mismos hechos recordados señalan un peligro mucho mayor: la enorme masa de extranjeros perniciosos que a favor del desorden y la complacencia alberga el país, cuando no los incorpora al rebaño electoral por medio de cartas de ciudadanía cuya revisión es ya un caso de salud pública.

Nadie ignora que gran parte de la inmigración rechazada de los Estados Unidos, así como una crecida porción de elementos antisociales, enfermos, anormales, viciosos y aventureros, los endilgan para acá los interesados, hasta convertirnos el país en una espuerta de basura humana y un hospicio internacional. Uno de aquellos rechazados, fué, precisamente, el asesino del coronel Varela. No se trata de cargos retrospectivos, sino de una situación que es necesario resolver.

Los extranjeros honrados, saben hasta dónde es amplia y sincera nuestra hospitalidad, hallándose, por lo demás, tan interesados como nosotros en la limpieza del país. Baste la salvedad en consecuencia. Veamos, ahora, algunas cifras.

Sólo para la Capital de la República, el número de malhechores sueltos se lo calcula en más de cincuenta mil. Es, como se ve, una invasión contra la cual no hay policía que baste. Requiere la acción ciudadana que



no debiera tardar, y que justifican, por otra parte, de sobra, crímenes tan repetidos como audaces. De esos cincuenta mil individuos, una considerable mayoría es extranjera: lo cual significa que con nuestra hospitalidad los igualamos a los residentes dignos y útiles.

Conforme a las estadísticas policiales de la Capital, correspondientes a los años 20 y 21, únicas publicadas, la proporción de extranjeros delincuentes y contraventores es sensiblemente superior a la de argentinos. La mera igualdad resultaría ya inquietante, dado que la población de Buenos Aires es casi por mitad extranjera. Mas, los detalles van a revelarnos el fenómeno en toda su gravedad.

Sabido es que nada predispone tanto al vicio y al delito como el abandono de la infancia: verdadero almácigo de esos dos desórdenes antisociales, que así vuélvense incurables todavía, al hallarse la planta humana corrompida desde la raíz. Buenos Aires ofrece, en relación a su población, el mayor número de niños abandonados, siendo raro entre ellos el que no padezca la más infame desviación. Pues bien: el ochenta por ciento de los padres que abandonaron a sus hijos en los casos comprobados por la justicia correccional, era extranjero. La mendicidad profesional que explota niños propios o alquilados, agravando aún el terrible mal, es extranjera en su inmensa mayoría. Lo propio ocurre con los proxenetas en grande escala, y con los expendedores de pornografía y de drogas destinadas al vicio. El número de baldados extranjeros que explotan la lesión contraída fuera del país, es también crecido: mendigos opulentos muchas veces, a costa de la caridad que no llega hasta los míseros criollos del interior, en verdadero riesgo de exterminio bajo las plagas, la miseria, y este baldón que a todos nos mancha: el hambre! — el hambre, señores, en el país de la carne y del trigo! El alcoholismo, predisponente entre



todos eficaz del crimen inmediato y transmitido por herencia mórbida, ofrece también una enorme mayoría de extranjeros contraventores en la estadística policial de la Capital.

La estadística de las prisiones corrobora estos datos con mayor elocuencia aún.

Aunque la Penitenciaría Nacional aloja delincuentes de la Capital y de las diez Gobernaciones, el número de penados extranjeros constituye la mitad de su población. En la Cárcel de Encausados sucede lo propio.

En cuanto a los extranjeros que hacen de la política una profesión, siempre nociva al interés del país, he aquí tres hechos característicos.

Reparticiones públicas de grande importancia y de servicios primarios tan sencillos, que su desempeño sólo exige la mediana capacidad de un peón, cuentan con enormes masas de empleados extranjeros: sujetos que no habíamos llamado, ciertamente, para enriquecer nuestra frondosísima burocracia. Una sola de esas reparticiones, y únicamente en la Capital, emplea dos mil ochocientos treinta y cinco extranjeros, de los cuales sólo setecientos setenta y dos se hallan naturalizados; cuando millares de criollos que podrían desempeñar esos puestos, con mayor derecho por ser de acá, perecen de miseria por carencia de trabajo.

Las discusiones de la prensa sectaria nos han hecho saber que existe en Buenos Aires una agencia de los Soviets, la cual recibe de ese gobierno extranjero gruesas sumas para costear en nuestro país la propaganda subversiva. La prensa que se entrega a esta propaganda con mayor violencia y tenacidad, se halla dirigida y redactada por extranjeros. Su insolente ojeriza contra el país, extravía el juicio público en un pesimismo canallresco, que a fuerza de oír denominar como "política criolla" todo lo malo y lo inferior, llegó a la

bajeza de elegir para las primeras funciones del Estado, individuos de mínima capacidad, con tal que fuesen extranjeros: tacheros y lustrabotas, sin más mérito para gobernar el país que el desempeño de estos oficios cuya humildad no encubría ninguna condición mejor.

Ahora bien: estas cosas no las tolera ningún país civilizado, especialmente cuando es de inmigración, y de ello nos dan excelente ejemplo los Estados Unidos, predilectos del odio sectario, precisamente por la eficacia de su defensa. Así se forma los pueblos sanos y felices que encabezan la civilización. Acogiendo el desecho inmigratorio, albergando y explotando para la industria electoral los elementos perniciosos del mundo entero, lo que estamos formando es una colectividad inferior, una raza vil, que ocasionándonos a cualquier tentativa, por el desprecio de los mejores, nos hundirá en el maximalismo de la barbarie y la inanición, que ya nos preludia como advertencia terrible esa preferencia de lo peor con que amenaza degradar al mundo entero, suicidándose a la vez, aquel feroz pesimismo asiático.

No es este el único peligro que corremos en ello, ni he agotado la siniestra enumeración.

Quiero sólo mencionar por ahora otra estadística no menos inquietante: el número de dementes extranjeros internados en los hospicios del país durante los últimos cinco años, es constantemente superior al de argentinos. Sobre el total aterrador de 24.157 alienados, que comporta para nuestro país una de las proporciones más elevadas, 13.042 son extranjeros. En los dos hospicios nacionales de la Capital, la proporción, tanto de hombres como de mujeres, es, además, progresiva.

Así por su cronicidad, como por la atención que requiere, el demente es el enfermo más caro. Y como no



existe en el país ninguna predisposición a la locura, sino todo lo contrario, dedúcese que gran parte de esos alienados entró ya enferma por falta de vigilancia profesional. No hay demasía en inferir que la expidieron a sabiendas las naciones de procedencia.

Pero esto, con ser tan malo, no es todavía lo peor.

Salvo casos excepcionales, el alienado que entra por sano al país, anda libre durante un tiempo; y todavía cuando lo internan, la familia se encarga de sacarlo no bien mejora. Siendo el enfermo mental muy prolífico generalmente, pues hasta existen formas de enajenación que se caracterizan por eso en ciertos períodos, además de contarse entre las más transmisibles a la descendencia, la libertad del enajenado nos depara un espantoso aumento de degeneración, ya que se tiene por fatal, o poco menos, la multiforme herencia de la locura. Así ¿cuántos de los dementes argentinos que figuran en la estadística, descendían de alienados y alcoholistas extranjeros? Ignorámoslo con precisión; pero varios indicios concurrentes permiten inferir que no bajarán de un treinta por ciento. La población puramente argentina de los hospicios, reduciríase, así, a unos cuatro mil enfermos; lo que, exactamente a la inversa de la presente situación, nos pondría entre los países de mejor salud mental.

Ahora bien, si se considera que la inmigración debe incorporararnos gente sana y trabajadora, esa proporción de extranjeros anormales, baldados, perturbadores, criminales y viciosos, resulta mucho más intolerable todavía. Su superioridad numérica respecto a nuestros propios elementos antisociales, no sólo afecta la seguridad actual como la peor conquista enemiga, sino que compromete en forma gravísima la salud futura de la raza.

¡La seguridad nacional!

Esos extranjeros revoltosos que alardean su odio a la República, esos agentes de sectas y gobiernos extraños,



seguidos con apego natural por la horda cómplice de delincuentes y fronterizos, han sido en su propio país, durante la espantosa guerra pasada, los derrotistas o los desertores. Sería presumible con seguridad, si no lo proclamaran ellos mismos, que un conflicto armado les daría ocasión para declararnos por dentro la guerra social, asestándonos la puñalada a la espalda. Los que no vacilaron en vender su misma patria al enemigo, es de inferir a qué precio calcularían la operación con la nuestra. Y no hay que engañarse. Los preferidos para la traición seríamos nosotros, precisamente porque el electoralismo demagógico, al desorganizarnos y corrompernos, les ofrecería la menor resistencia.

Pero me he propuesto no avanzar conclusión alguna, sino fundándola en hechos.

No sólo se ha llevado agitadores peligrosos, de nacionalidad extranjera, a importantes empleos de la nación, Poco tiempo ha, en el ministerio de Relaciones Exteriores, el director del protocolo y de la clave, nada menos, fué un demente extranjero que falleció en el manicomio. Ahora mismo, en puestos de importancia para la dirección del país, hay extranjeros emboscados que ocultan su nacionalidad: doblemente traidores, así, a su patria y a la nuestra.

El electoralismo carece de conciencia. Es un negocio sucio en el cual no hay procedimiento vedado. Y por más que esté siempre hablando del pueblo, resulta, en verdad, un pacto con la canalla. Los electores que votan, son, realmente, la minoría y lo peor del pueblo, a lo menos por su estado intelectual. Por esto, la situación en que nos hallamos no tiene remedio en la despreciable estupidez mayoritaria, ni es responsable de ella ningún partido exclusivamente. Proviene del sistema, cuya apreciación racional debemos hacer, no por su teoría, sino por sus frutos. ¡Qué me importa la magnífica

teoría del medicastro chambón que me está matando! Ni eso es tampoco democracia, sino igualitarismo vil: falsificación de la "noble igualdad" que proclama nuestro Canto glorioso. Persistir en ello es obstinarse en una paradoja alarmante, si no fatal. Tanto valdría meterse a predicar entre caníbales la abolición de la pena de muerte. Ni habría tiempo tampoco, aunque se pudiera. Las armas extranjeras van a estar prontas mucho antes que nuestra problemática perfección electoral. ¡Es el caso de optar, señores, entre el sufragio y la Patria!

El electoralismo ha corrompido también a la Universidad, y esto comporta la más grave amenaza futura; porque cualquiera que sea su preparación o su ignorancia, los universitarios gobernarán el país. Para ganar los votos de chicos de dieciocho años, se les ha creado un régimen sufragista que los convierte en dueños de la institución, a título de considerárseles el "pueblo universitario". Así los ignorantes, que por el hecho de serlo acuden a buscar enseñanza, son quienes gobiernan aquello mismo que ignoran. Gobernar y enseñar son dos verbos metafóricos cuya acepción propia significa respectivamente dirigir la nave y señalar el rumbo. Tratándose de la institución técnica por excelencia, el imperio de esos conceptos debe ser más riguroso que en ninguna otra. Sucede precisamente lo contrario; y mientras se persista en ello, no tendrá la Universidad gobierno ni enseñanza.

Mientras tanto, esta curiosa organización que no existe en ningún país de la tierra, corresponde, según dije, al elector de dieciocho años: otra temeridad demagógica que atenta gravemente contra la disciplina nacional. Pues, en efecto: a una edad en la que todavía faltan cuatro años para la adquisición de la capacidad civil, esos menores cuya insuficiencia de juicio y de potestad son inherentes a sus cortos años, no



pueden contratar por valor de cien pesos, ni nadie les tomaría opinión en el más mediano asunto, pero elijen presidente y congreso a la República, y gobiernan tanto más, cuanto más ineptos para esta función los revela su turbulencia. Cualquier mediano psicólogo sabe, entretanto, que la adolescencia es un estado de perturbación; pero la demagogía vive de esto, precisamente. Explota las pasiones como una meretriz, haciendo su clientela natural de la adolescencia y del populacho.

Pero el desorden es extremista de suyo; y capitular con él, creyendo reducirlo por satisfacción o explotarlo en provecho propio, constituye una quimera política tan vieja como fracasada. Equivale sencillamente a trabajar en provecho del enemigo. Todo el socialismo oficialista que se hace contra el socialismo rojo, es triunfo socialista, a despecho de cualquier éxito fugaz. Así, por ejemplo, el alzamiento de los bandoleros del Chubut fué tan internacional, que sus crónicas, ilustradas con retratos de cabecillas y apañadores de alto bordo, figuraron en la prensa roja de Rusia, como páginas de una verdadera campaña maximalista, y no de la inofensiva huelga rural que pretendían nuestros sectarios.

Poco tiempo há, el mero anuncio de que se había decretado la redacción de un código marítimo, aun cuando el gobierno la encomendaba a una comisión de jurisconsultos y magistrados respetables, motivó un manifiesto sectario en el cual se recomendaba a los obreros del puerto la prevención contra esa medida, anticipando la insolente desobediencia con que se la recibirá, cualquiera que sea.

Un viento de bandolerismo cruza por todo el país. A las mismas puertas de la Capital, descúbrese que hay comisarías provinciales, tapaderas de bandidos. Son

varios los gobiernos de provincia entregados francamente al pillaje, y hasta hay alguno falsificador de moneda (1).

Tales son las condiciones en que vamos a vernos ante la situación más grave de nuestra historia. La que exige una disciplina nacional más severa, una economía rayana en austeridad. Ha llegado con exceso la hora de proponer medidas para enfrenar a la demagogía por más soberana y mayoritaria que sea, y para meter en cintura de hierro a los indignos de nuestra hospitalidad. Veinte hombres, diez, uno sólo, pueden tener razón contra todos en esas funestas horas de extravío colectivo o de abandono general que pierden a las naciones. Y el primer deber que impone la Patria, es el desacato magnífico y peligroso de toda soberanía que amenaza su integridad.

Juventud argentina, de cuyas filas no me creo separado aún, por lo fresca que siento el alma y lo caluroso que el corazón me palpita: la invocación a tu deber, que quiero formular en estas palabras, me impulsa a decirte sin escrúpulo y sin miedo: Ama, arriésgate, peligra! No es un programa de acción divertida ni de gloria fácil lo que yo vendré a traerte, sino lo que mereces de rudo esfuerzo a quien como yo conozca tu ley. Bien sabes cómo te motejan, porque cuidas con pulcritud y elegancia tu estética varonil. No des oídos a ese sarcasmo de ilotas. Precisamente, el poeta de la Iliada llama a aquellos héroes célebres para la eternidad, bien peinados, bien calzados, bien ajustados con cinceladas corazas. Y nos dice cómo Aquiles, cuando estrenó las armas que el dios del fuego le acababa de forjar, sintióse satisfecho de ver que sentaban bien

---

(1) El P. E. federal acaba de reconocerlo, enviando al congreso un proyecto de ley represiva en la materia. 28 de noviembre del corriente año.



a su hermoso cuerpo. Pero qué estoy hablándote de los homéricos, cuando tenemos a los nuestros, mejores por humanos que esos legendarios semidioses. Toma de ellos la lección viril que exalta la personalidad y desdén las mayorías rebañegas, definidas al fin y al cabo por el nombre de su pastor; ya que según sea la fortaleza del alma, la mayoría y la minoría la lleva cada uno acá dentro.

Nada más que mil quinientos fuimos en Suipacha, y ganamos la primera batalla de la Revolución a las órdenes de un general de treinta y seis años. Minoría fueron en San Lorenzo los granaderos de San Martín, que inicia con ese combate, a los treinta y cinco años, su carrera libertadora, para coronarla rayando los cuarenta con la victoria de Maipú. Minoría ante la Montevideo española de 1814, rendida por un almirante de treinta y siete años, con una escuadrilla más náufraga que flotante, y por un general de veinticinco, que nos gana a los treinta y ocho la bien peleada Ituzaingó. Qué vale la vida si no es vivida por el hombre en la lucha que la hermosea, como en la alarma de su soledad magnífica se le encrespa y dora la melena al león. Vamos a limpiar la Patria de la roña rencorosa que trajeron los fracasados de afuera, y del hollín ideológico con que le ofuscaron el alma. Y de los triunfos que ganes con tu riesgo, tendrás dos partes que hacer: una para la Patria, la madre hermosa, digna de todos los laureles que otra vez "sepas conseguir"; otra, la de más dulce intimidad, para la doncella que te depare el destino: una de esas argentinas limpias y claras como una espada desnuda, y tan arrogantes en su hermosura y en su gracia, que basta verlas andar para comprender que ganar su amor es realmente una conquista.

Necesitaremos, eso sí, almas y corazones. Almas frescas como banderas argentinas tendidas con todo el trapo a la brisa generosa de una mañana de combate;

corazones calurosos, alzados en la iluminación de la Patria, como el sol que apunta sobre el campo del escudo. Y coronando todo eso, un entusiasmo sincero hasta la ingenuidad, para ser como niños en la pureza del sentimiento y como varones en la fiereza de la acción. ¡Ama, arriégate, peligra! Vive la vida hermosa de la esperanza y de la fuerza; y haz de la fría muerte tu propio mármol, para doblegarte como esculpida en belleza cuando te toque caer.

¡Juventud argentina, ese es tu destino!"



# CUARTA CONFERENCIA

(17 DE JULIO DE 1923)

---

## PROGRAMA DE ACCION

*(El acto había empezado con una diana ejecutada por la banda militar del Regimiento 4.º de Infantería).*

Señoras y Señores:

Esta diana, que yo pedí, se ha tocado en vuestro honor, no en el mío. Porque al concluir con el discurso de esta tarde mi acción inicial, empieza o debe empezar la vuestra. Si habéis aprobado lo que llevo dicho, con vuestra presencia y vuestro aplauso, es por que lo juzgásteis digno de su propósito. De otro modo, habríamos admirado un mero chisporroteo de palabras vanas, y tengo la pretensión de no haber pronunciado ninguna. Me bastaría para comprenderlo, la unanimidad con que se me ha echado encima toda la prensa sectaria, extranjera sin excepción, lo repito enérgicamente; revelándonos con ello que el peligro existe claro, terminante, y que no es fruto de mi imaginación.

Ha bastado que un argentino se atreva a hablar en su propia tierra del peligro exterior y de la disciplina nacional, para que se desate sobre él la agresión extranjera con toda suerte de imputaciones audaces. Esto demuestra hasta qué punto sufrimos una verdadera invasión, ¡y de qué intención, y de qué calaña!

Trátase, precisamente, de rectificar esa verdadera senda de perdición. Cuando a cada momento, para cumplir programas de sectas internacionales o de gobiernos extranjeros, se nos crea gobiernos ocasionales, ejercidos por sociedades de inmensa mayoría extranjera, nadie extrañará que nosotros hagamos algo semejante. Gobiernos que nos paralizan a su antojo el tráfico terrestre y marítimo, expidiendo hasta permisos de circular, como los poderes militares bajo el estado de sitio, a vista y paciencia de la autoridad legal. Porque sería curioso que esa libertad consentida a extranjeros peligrosos y rebeldes, se nos negara a nosotros para contenerlos, por el mero hecho de ser hijos del país.

Ese es, a mi entender, el momento que ha llegado. Pero antes de leer el programa en que he creído poder condensar lo dicho en las tres conferencias anteriores, necesito formular una declaración: este asunto es de mi exclusiva incumbencia. Las instituciones que auspician estos actos, (1) no conocen ese programa oficialmente; pero a mi vez las invito para que, si consideran oportuna la formación de la guardia voluntaria que propondré, se encarguen de abrir el registro en que se inscribirán los ciudadanos que deseen formarla.

Y por otra razón hice tocar esa diana, y fué con el carácter militar de un homenaje al ejército. Hallé mejor que cualquier palabra esa exhalación del soplo vigoroso de los pechos, que despierta en el metal la voz de la gloria. Y por eso, cuando la banda instrumental se empinaba tomándó aliento, me parecía ver redondearse el Sol de Mayo en el pabellón de bronce de los clarines. Y que me venían de muy hondo, de allá mismo donde guardamos el más íntimo tesoro del

---

(1) La Liga Patriótica y el Órculo Tradición Argentina.



entusiasmo y del dolor, valerosas lágrimas. ¡Lágrimas de varón, con calor de sangre y gusto de acero!

Abrense al soplo heroico las puertas de la aurora en la iluminación de los campos verdes. Por allá lejos, en su moro "de número", o en su malacara "reservado", al galopito por el trebolar, el gaucho de Mayo se va a la guerra. Soldado de los Andes, no volverá sin duda; pero dejará firmados con su sangre, del Tupungato al Pichincha, los montes eternos, así convertidos en pedestales de su fama. Y cuando le pregunten por sus sinsabores y miserias, por tanta abnegación y tanta calidad, puestas como un doble brillo en la hoja de su sable, contestará con la fórmula sonriente y modesta que tantas veces oímos a los soldados del viejo ejército:—*Si yo soy muy avenido, señor. Como de todo y canto ande quiera.*—Así, con igual fórmula de alegría y sobriedad, conquistó Roma al mundo antiguo: una dura galleta, un trago de vinagre aguado, y una espada llamada por antonomasia la espada "alegre" cuando estaba desnuda (1).

Todavía he de advertir que no hay en esto propósito electoral alguno. De mi parte al menos, esto no es otra cosa que el cumplimiento de un deber. Así lo entienden, por los demás, los sectarios que me atacan. Ninguno se atreve contra las ideas fundamentales que yo he ventilado aquí. Ninguno da contra la necesidad de limpiar la Patria de su basura interna. Ninguno contra las instituciones militares. Ninguno contra la urgencia de que los argentinos manden en su casa. Todo es contra el hombre que se atrevió, probablemente porque lo consideran solo. Y no siquiera contra el hombre de hoy, sino contra el de 1897. Y bien: ¡es cierto! El hombre de veintitrés años en 1897, no es el

---

(1) *Alacris ensis.*

mismo de 1923. Dejo a mis detractores el saboreo interminable de esta inmensa perogrullada.

Pero, entretanto, cuántas cosas hemos dejado de hacer desde 1897.

Las verdades que nos parecían más firmes en la física del mundo, nuestros propios conceptos matemáticos que tan seguros suponíamos, ya pasaron. Entonces creíamos aún en la posibilidad de gobernar un pueblo latino con instituciones anglo-sajonas, y ahora hemos consumado la experiencia que lo contradice. Entonces no había estallado la Gran Guerra y no teníamos el insuperable ejemplo de una Rusia maximalista, nacionalista y dictatorial.

¿Es esa libertad de ideas lo que me reprochan los hombres de ideas libres, los enemigos de toda incrustación dogmática, los partidarios del método científico y del criterio experimental?...

Pero lo que sí se ha visto siempre es mi ruda labor, sin descanso de un solo día; mi dura existencia de proletario a punta de pluma, como pude serlo también a filo de azada; mi incansable lucha contra todo despotismo, inclusive el de la masa, que es el peor; mi pobre nido de cuatro ramas, colgado sobre el vértigo y librado a todos los huracanes del abismo.

Mas, ahora, no se trata ya de argumentar. Hemos dicho lo suficiente para ponernos de acuerdo, con una decisión comprobada sin ambages por el aumento de concurrencia, su calidad y sus aplausos.

Sólo me resta una indicación, antes de proceder a la lectura del *Programa* y de la *Constitución de la Guardia Nacional Voluntaria* que propondré: se ha decidido dar a sus miembros el nombre de *Chisperos*, en homenaje al primer cuerpo voluntario constituido por la *Juventud de Mayo*, y que aseguró el éxito popular de la Revolu-



ción. Ilumínenos su memoria, y sea con nosotros su buena voluntad.

## PROGRAMA

### Administración Pública

Reducción del presupuesto nacional en una tercera parte al menos; del municipal de la Capital en otro tanto, y de los provinciales en lo que indique su revisión de acuerdo con las condiciones que se establecen más abajo.

Fijación de los salarios y sueldos mínimos desde cien hasta doscientos cincuenta pesos, y del sueldo nacional máximo hasta (?) pesos, inclusive presidencia y ministerios. (Los altos cargos de la nación son de honor y de sacrificio, y con esto ajenos a la apreciación venal).

Autonomía administrativa de la justicia nacional cuyos tribunales, de acuerdo con su actual organización jerárquica, designarán nuevamente todo el personal subalterno, secretarios inclusive, conforme a la reducción del presupuesto fijada en el primer párrafo de este programa.

Autonomía administrativa del ejército y de la armada que proyectarán *conjuntamente* su reorganización de acuerdo con las necesidades militares del país, pero sin olvidar el propósito general de rigurosa economía que las circunstancias imponen. (El reconocido patriotismo de la oficialidad argentina, merece la prueba de confianza que este párrafo comporta).

### Economía Nacional

Presupuesto basado en el impuesto sobre la renta, con sobrecargo especial para los inquilinatos y latifun-

dios. Impuesto progresivo a los depósitos bancarios que constituyan meras acumulaciones de dinero. Iniciación de las medidas conducentes a la conversión en oro. Reglamentación de la industria bancaria. Monopolio de las hipotecas por el Estado. (Debe redimirse cuanto antes toda tierra argentina hipotecada a sociedades extranjeras). Organización del crédito industrial. Estímulo intensivo a la minería y a la metalurgia, con el propósito de que el país sea dueño cuanto antes de su combustible mineral (hulla, rafaélita, petróleo) y de sus metales de industria (principalmente hierro, cobre, estaño y plomo).

## Trabajo

Fijación de la jornada máxima de trabajo en la ciudad y en la campaña. (La jornada *rígida de ocho horas*, con declarada aspiración a reducirla cuanto se pueda, es un propósito de *política socialista*, que persigue, más que el alivio de la tarea, la ocupación de mayor cantidad de obreros, con el fin de apresurar la transformación colectivista de la propiedad privada, mediante aquella participación progresiva. Nosotros queremos la jornada máxima, con propósitos de higiene y de simpatía social).

Responsabilidad *efectiva* de obreros y patrones en la violación del contrato de trabajo.

Seguro, retiro y jubilación de todo trabajador asalariado, mediante el aporte proporcional del trabajador, el capitalista y el Estado.

Organización de juntas de patrones y trabajadores que reglamenten los tres anteriores párrafos y administren las instituciones que se establezca al efecto.

Creación del Consejo Nacional del Trabajo formado por delegados de aquellas juntas, para resolver las apelaciones de las mismas, así como lo concerniente a



transportes, comunicaciones, higiene social y demás medidas generales de este carácter, con fuerza ejecutiva. *Todos los miembros del Consejo deberán ser argentinos nativos, o naturalizados con diez años de ejercicio de la ciudadanía.*

Supresión de las industrias de Estado, con excepción del Correo y del Telégrafo que perderán este carácter para transformarse en servicios públicos, y arrendamiento o encargo de las restantes a sociedades obreras o capitalistas *de carácter nacional*, es decir formadas por una mayoría de ciudadanos nativos o naturalizados que en ningún caso pueda quedar subordinada a grupos de individuos extranjeros, y de *competencia técnica* garantida por un número suficiente de miembros con profesión titulada. (Lo cual estimulará grandemente la colaboración entre obreros intelectuales y manuales).

### Asistencia Social

Protección a la maternidad, mediante el suministro de trabajo remunerativo a los padres, y de las asistencias anticoncepcional y prenatal. Instalación de maternidades económicas (atendidas por una o dos partes exclusivamente) en todo centro obrero de la campaña.

Protección a la infancia abandonada y delincuente, mediante el aumento de asilos y reformatorios, y la creación de tribunales especiales para menores.

Instalación de juntas permanentes de subsistencias que regulen los precios de los artículos de primera necesidad (alimentos, alumbrado, ropa interior y de trabajo, calzado económico, remedios y herramienta).

Maternidades abiertas en los hospitales, y seguro hospitalario para todo trabajador asalariado y toda madre de familia.

## Instrucción Pública

Reorganización universitaria, tomándose por fundamentos la cooperación de los estudiantes con los catedráticos, y la docencia libre; pero únicamente en lo técnico, pues el gobierno de la Universidad corresponde a su cuerpo docente. El derecho de los estudiantes concernirá sólo a aquellos que habiendo aprobado las dos terceras partes de los estudios en la misma casa, posean la vinculación, la experiencia y la edad necesarias para cooperar debidamente.

Constitución del claustro universitario con todos los titulados de cada universidad, que se reunirán cada (?) años, para dar a la misma sus normas de gobierno, con carácter constituyente y fuerza ejecutiva.

Gobierno de las otras enseñanzas por sus cuerpos de profesores, bajo la superintendencia técnica de la Universidad.

Escalafón cerrado para la enseñanza normal, de acuerdo estricto con las necesidades de la primaria.

## Orden Público

Todo el que interrumpa o incite a interrumpir, aunque sea valiéndose de la prensa o de discursos públicos, los servicios del Estado, o los de transporte, subsistencias y auxilios que llenen necesidades públicas, comete delito de sedición. Si la interrupción afecta directamente a las fuerzas de línea de mar y tierra, a las policías nacionales y provinciales, a la administración de justicia y al funcionamiento de las escuelas primarias, el delito es de traición y comportará para los extranjeros que lo cometan el destierro perpetuo.



## Extranjeros

Iniciación del estudio legal, conducente a la naturalización automática de los extranjeros de buena conducta, que ganen honradamente su vida, hablen el castellano y hayan residido un tiempo que se determinará, salvo la negativa expresa de los mismos.

Fijación por nacionalidad, de la cuota anual de inmigrantes que el país pueda recibir y colocar en trabajos útiles.

Revisión de las cartas de ciudadanía, mediante convocatoria de sus poseedores, y anulación de las mismas en caso de inasistencia.

Todo empleado de la nación deberá ser ciudadano argentino nativo, o naturalizado con tres años de ejercicio previo al nombramiento; y los actuales empleados extranjeros deberán solicitar acto continuo la carta correspondiente. Exceptúase a aquellos extranjeros de reconocida nombradía en las ciencias o en las artes.

Deportación de los extranjeros perniciosos a sus países de origen, y confinamiento previo de dichos individuos, con tal fin, en asilos y campos de concentración; declarándose que son *perniciosos*:

Los malhechores con (?) entradas en la policía, que hayan motivado detención penal o multa. Los dementes que hayan entrado al país en estado de enajenación. Los baldados impedidos para el trabajo, siempre que no hayan sufrido su lesión en el país. Los mendigos profesionales y los explotadores de la mendicidad infantil. Los vagos incorregibles. Los ebrios consuetudinarios.

Son también extranjeros *perniciosos*:

Los proxenetas y los expendedores de pornografía y de drogas destinadas al vicio. Los agitadores y los políticos que ocupan su tiempo regularmente en la propaganda, aun cuando simulen trabajar en cosas útiles.

Los explotadores del juego y los taberneros reincidentes en la admisión de menores a sus negocios. Los empleados que hayan ocultado maliciosamente su nacionalidad de origen (1).

Pero aventemos todo esto, como en la ráfaga de otra diana final, en una grande evocación de patria.

Un día el hombre de los Andes, tras haber dominado aquellas cuestas donde sólo consigue agarrarse acá y allá, con raíces que dijérase angustiosas, la dura mata del *coirón*, llegó a la cumbre. A ambos sus lados veía dilatarse los campos azulados de distancia, hasta confundirse con el cerúleo intenso del mar. Y cuando tendió la vista sobre su montaña, la inacabable faja de la nieve reverberante le realizó el verso inmortal: *Desde un polo hasta el otro...* Pues, en efecto, aquella mirada había embanderado de Argentina toda la América.

Y otro día fué la nave corsaria que volvía después de haber corrido los mares con todas sus tormentas, sus enemigos y sus piratas. Y entonces, con la vuelta que dió, abriendo el paño de las aguas azules al blanco tajo de su estela, quedó realizada la hazaña sin parangón de haberse así embanderado de Argentina toda la esfera del mundo.

Era ésa una imagen de conquista, un símbolo de dominación? No; era algo mucho más grande. Era la realización del fraternal *joid mortales!* que la Junta de Mayo anticipó todavía con aquella recomendación a los ejércitos libertadores: *Llevad hasta los últimos términos de la tierra la persuasión de vuestra cordialidad*; y que los constituyentes del 53 estamparon en el preámbulo: “para todos los hombres *que quieren* habitar nuestro suelo”; vale decir, porque este es el

---

(1) Pocos días después, el P. E. de la Nación enviaba al congreso un excelente proyecto sobre admisión de extranjeros en el país.



sentido, *para todos los hombres de buena voluntad.*

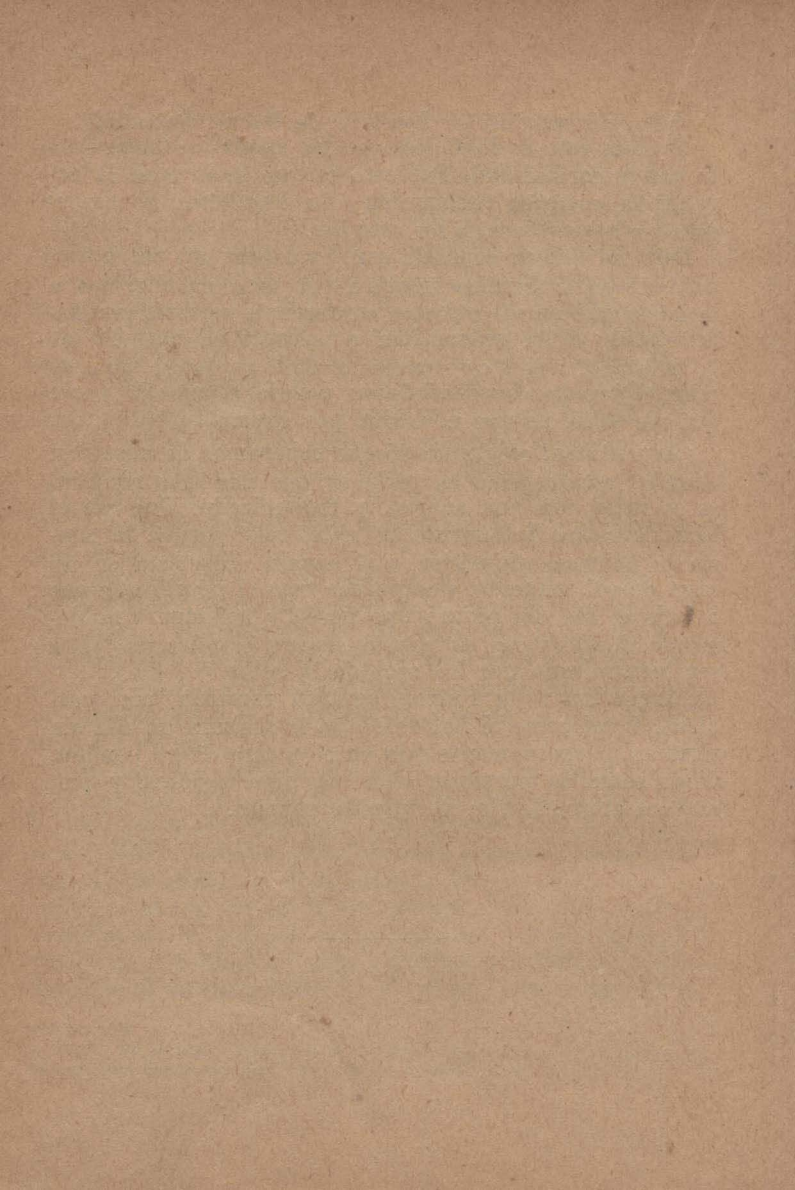
Y bien, esto es lo único que les exigimos: buena voluntad y cordialidad. Por esto es que se impone la correlativa enérgica declaración: *La República no ampara a los perversos ni a los estériles.*

Pero no quiero concluir estas palabras sin un homenaje de corte heroico también: el voto caballeresco a la dama que en mi primera conferencia celebré, por haber traído a los presentidos sinsabores el consuelo de la belleza. Ni qué cosa mejor podría yo hacer que cerrar el broche, buscándole su pareja a aquella perla que me salió, no por mía, sino por suya.

¡Argentinas! es grande lo que esperamos de vosotras. Grande, aunque sólo os pedimos que nos deis confianza y valor con una sonrisa y una mirada. Que así el héroe arriesga bellamente la vida, sólo porque le sonría la princesa quimérica, que apenas entrevista en un rayo de sol tangente, desaparece tras el pétalo que cae o bajo el ala del pájaro que pasó; y así muere noblemente, dándose con su propia sangre la púrpura, para ser bien mirado por los ojos de la reina.

¡Argentinas! la Patria contará también con vosotras. Y tal como el Sol de Mayo le asegura un día sin término, perpetuamente fijo en el centro de su pendón, denle estrellas perennes vuestros ojos mejores, y primavera eterna la flor de vuestra sonrisa.

---





# CONSTITUCIÓN

---

La *Agrupación Patriótica* se constituye para la acción, bajo la forma de una *guardia nacional voluntaria* al servicio activo de la Patria. Sus adherentes se consideran *soldados de la nación*, y declaran su inquebrantable solidaridad con el ejército y la armada. Aceptan, asimismo, en toda su integridad, el precedente *programa de acción*, y lo declaran de urgencia, comprometiéndose a ponerlo en práctica por todos los medios posibles.

Este criterio de posibilidad reconoce *la violencia* como un medio ante los obstáculos que la exijan.

Siendo la lucha así entablada un estado de sacrificio, los adherentes se comprometen a poner al servicio de la *Agrupación* todos los medios personales de que dispongan, para imponer su programa.

Cualquier vacilación o negativa que lo contraríe, motivará la expulsión.

La traición, la cobardía y la condena judicial a pena infamante, acarrearán la expulsión *con nota de infamia*.

La nota de infamia será impuesta solamente por el Comité Central previo juicio sumario iniciado por la respectiva brigada.

Toda falta que no acarree expulsión, se redime con un sacrificio personal.

La expulsión pone al expulso en categoría de enemigo de la *Agrupación*.

La nota de infamia apareja la privación de toda amistad y consideración social por parte de los adherentes.

Se considera traición todo acto que impida ejecutar una orden del Comité Central.

Los adherentes se comprometen a *castigar sin dilación* toda injuria a la Patria, a la Agrupación y a sus miembros. En estos dos últimos casos, la acción personal será el desafío apadrinado por dos adherentes. Si el desafiado se negara a combatir, será corporalmente castigado por la escuadra respectiva. (Pretendemos imponer con esto el culto del honor a los mismos adversarios).

En caso de ataque llevado por uno o varios adherentes, o cometido contra ellos, la ayuda de todos cuantos se hallen presentes es obligatoria *sin excepción* bajo nota de cobardía en caso contrario.

Toda diferencia personal entre miembros de la Agrupación, será sometida al respectivo tribunal de honor, si puede motivar duelo, por los padrinos designados al efecto.

La Agrupación no reconoce ni desconoce expresamente las instituciones políticas; pero declara que ninguna debe ser obstáculo a su programa de acción cuyo objeto es el servicio de la Patria.

Contraria a toda generalidad ideológica, la Agrupación declara que el servicio de la Patria consiste en: a) gobernarla bien, *para lo cual es indispensable* una administración que por lo barata y sencilla sea la negación de la burocracia parásita; b) asegurarle *por medio de la economía y de la instrucción*, la máxima riqueza y el máximo poderío; c) fomentar *por medio de sólidas garantías de justicia y de tranquilidad*, así como por una honrada abstención fiscal, las capacidades individuales; d) preservarla enérgicamente del parlamentarismo, el colectivismo y el internacionalismo; e)

limpiarla de todo elemento antisocial extranjero, y poner en manos argentinas, o bajo eficaz vigilancia de argentinos, todas las instituciones públicas y privadas destinadas al servicio general.

Este pentálogo se resume en la divisa:

## PATRIA, HONRA, VALOR

La Agrupación repudia y declara contrarios al interés nacional: a) toda organización política interna dirigida por decisiones u órdenes de gobiernos, políticos o programas extranjeros; b) toda participación de extranjeros residentes en la política interna, *considerándose que lo es* el comentario irónico o despectivo de la prensa dirigida o redactada por extranjeros; c) todo instituto de enseñanza donde se dé preferencia a un idioma extranjero o a una historia extranjera sobre la nacional; d) toda maniobra o sistema de monopolio de la producción; e) toda institución extranjera de comercio, industria, bancos, hipotecas, seguros o cualquier otro método de negociar y especular, que no arraigue en el país capital o valores en relación con sus utilidades.

Los adherentes a la Agrupación se denominarán *Chisperos*, los jefes de escuadra *cabos*, y los de brigada *capitanes*. El título de Capitán será la más alta designación.

Los *chisperos* formarán escuadras mandadas por los *cabos*; y las escuadras, *brigadas* mandadas por los *capitanes*. Cinco de éstos, designados por ellos mismos, constituirán el *Comité Central*.

Cada escuadra formará un grupo de *amigos personales* que elegirán su *cabo* por unanimidad, o por cuatro quintas partes del total de la escuadra.



Los *cabos* elegirán por simple mayoría a los cinco primeros *capitanes* que formarán el primer *Comité Central*; pero, en lo sucesivo, será éste quien designará a los capitanes, sin más limitación que la de hacerlo entre los cabos, y a título de ascenso por servicios prestados a la Agrupación.

La organización de las escuadras es reservada.

# APENDICE

## Cámara de Diputados de la Nación.

25a. Sesión Ordinaria. — Julio 19 de 1923

### PEDIDO DE INFORMES

#### PROYECTO DE RESOLUCION

*La honorable Cámara de Diputados de la Nación, resuelve:*

1.° Solicitar del Poder Ejecutivo se sirva informar si es exacto que concurrió la banda del regimiento 4 de infantería al teatro Coliseo con motivo de las conferencias del señor Leopoldo Lugones.

2.° En caso de ser cierto, qué medidas disciplinarias se han tomado con motivo de ese hecho.

**Romeo D. Saccone.**

**Sr. Saccone.** — Pido la palabra.

En la elegante sala del Coliseo ha hablado últimamente un poeta. Los poetas generalmente son inofensivos, y digo que lo son por la sencilla razón de que las palabras y las metáforas poéticas, generalmente no producen en el pueblo otras reacciones que las estéticas o de deleite.

Pero en las últimas conferencias del insigne poeta Leopoldo Lugones, se han deslizado ciertos conceptos de orden doctrinario y social, al través del prisma de un mal entendido nacionalismo, y se ha deslizado también lo que yo califico de delito, porque también así

lo califica el Código Penal vigente. Como representante del pueblo me veo obligado a señalar en sus verdaderos caracteres esa tentativa de delito y un hecho que es muy sugerente y que obliga al Parlamento a tomar una determinación.

El poeta Lugones, a quien califico como el mejor de los poetas, pero a quien considero también como el menos erudito de los sociólogos del país, se ha permitido rebatir, atacar, molestar, pretendiéndolo destruir, todo el orden constitucional establecido. Se ha referido al sufragio universal, la más grande de las conquistas democráticas de la época, negándole eficacia como institución y como medio de expresión de la voluntad del pueblo, en idéntica forma en que hace pocos años atacara también todo el orden social establecido, porque permitía el entronizamiento de lo que el llamaba "canalla", es decir, la alta burguesía, la misma a la que hoy le habla en la elegante sala del Coliseo.

Y quiero, como de paso, ya que en mi gestión periodística he tenido que comentar la actuación del poeta, quiero recordar que las evoluciones cuando señalan etapas de la vida, pueden quizás justificarse. El criterio de Lugones del año 1897 podría ser distinto del criterio del Lugones reposado de 1922. Pero el poeta se ha equivocado respecto a las fechas. El Lugones de 1897, en publicaciones que todos conocemos y que la prensa del país ha consignado ha revivido su comunismo anárquico, hace apenas dos años y medio, publicando, en diarios metropolitanos, elogios, loas, aplausos y alabanzas al maximalismo ruso. Se diría que Lugones ciñera sus conceptos y exteriorizara sus doctrinas a base del efectismo que le producen los hechos internacionales. Nadie más extranjero que él. Es un hombre que, quizá por carecer de personalidad propia para los conceptos básicos y doctrinarios, los recoge del ambiente mundial, se sugestiona con ellos y obra



a impulsos del efecto que esos hechos producen en su espíritu. Ayer fué comunista, hace poco maximalista, ahora fascista. Y ¿quién puede asegurarnos que un hombre tan barométrico y movedizo en su ideología, no pueda también variar mañana sus actuales conceptos y doctrinas?

Por eso, señor presidente, el Lugones sociólogo, el Lugones nacionalista, no nos interesa. No nos interesa porque los mismos antecedentes de su vida le quitan autoridad, esa autoridad que da la consecuencia con conceptos anteriores y que implica una unidad de doctrina en el transcurso de toda la vida. Esos antecedentes le quitan autoridad para criticar todo lo existente en la República y para atacar todas las instituciones creadas en largos años de esfuerzo de nuestra incipiente democracia. No me interesa, pues, el poeta sociólogo ni el poeta nacionalista. Confieso que me interesa el maestro, el predilecto del Parnaso. Lo he leído con mucha atención; me he deleitado muchas horas con sus versos y algunos hasta los se de memoria.

**Sr. Frugoni.** — Entonces sirven los poetas, porque el señor diputado confiesa que se ha deleitado.

**Sr. Saccone.** — Me ha deleitado el poeta, pero no sus doctrinas y conceptos.

**Sr. Frugoni.** — ¿Qué sería de una sociedad de almaceneros como la nuestra, sin los poetas? (Risas) El señor diputado podría atacar el criterio del señor Lugones, quien puede decir todo lo que quiera; pero no podría discutir la personalidad del poeta ni sus condiciones artísticas. El señor diputado está completamente equivocado. (Aplausos).

**Sr. Saccone.** — El señor diputado Frugoni...

**Sr. Frugoni.** — El señor diputado ha dicho que los poetas no sirven para nada.

**Sr. Saccone.** — Un poeta sirve para deleitar pero no sirve para nada cuando se sale de su órbita...

**Sr. Frugoni.** — Como con los versos no se come...

**Sr. Saccone.** — ...y engaña al pueblo para ocultar otros fines. El Lugones poeta queriendo ser un "me-neur" nacionalista encubre una finalidad de electoralismo.

**Sr. Frugoni.** — Allá él.

**Sr. Rodeyro.** — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

**Sr. Saccone.** — Todas las que quiera, siempre que el señor diputado no sea poeta.

**Sr. Frugoni.** — El señor diputado nunca ha hecho un verso.

**Sr. Saccone.** — No pierdo el tiempo en hacer versos; pero si me pusiera a hacerlos trataría de que fueran muy buenos; en caso contrario no los publicaría.

**Sr. Rodeyro.** — El señor diputado por la capital ha dicho que los poetas con sus versos no comen. Y yo digo que es muy cómodo hablar en contra de la burocracia, cuando se tiene un puesto nacional rentado con ochocientos pesos.

**Sr. Frugoni.** — Eso es lo malo. Pero la cultura artística del escritor es otra cosa y nada tiene que hacer con las conferencias.

(Varios señores diputados hablan simultáneamente, y el señor presidente hace sonar la campana).

**Sr. Frugoni.** — Pido la palabra para cuando termine el señor diputado por Santa Fe.

**Sr. Tamborini.** — Sería prudente que el orador se concretara a la cuestión y no hiciéramos polémica alrededor de una personalidad literaria.

**Sr. Saccone.** — Estoy en el uso de la palabra, señor presidente.

**Sr. Tamborini.** — Lo que no quisiéramos es que se hiciera polémica alrededor de una personalidad literaria.

**Sr. Saccone.** — No discuto la personalidad literaria del señor Lugones, no discuto la eficiencia de su poe-



sía, desde el punto de vista estético. De lo que me intereso es del Lugones que en su conferencia última ha instigado a la comisión de un delito, y bajo ese aspecto voy a desarrollar mi exposición.

**Sr. Tamborini.** — Tiene que acusarlo ante la justicia ordinaria: no ante el Congreso.

**Sr. Rodeyro.** — Hay un proyecto de resolución presentado por el señor diputado por Santa Fe, bastante explícito.

**Sr. Saccone.** — Justamente hablo para fundamentarlo.

**Sr. González Iramain.** — Pero hágalo, dejando en paz al señor Lugones. No le hace ningún honor a la Cámara el señor diputado vineulándola a esta polémica.

**Sr. Saccone.** — ¿Por qué?

**Sr. González Iramain.** — Porque se trata de un tema más apto para desarrollar en un artículo de su propio diario, con grandes títulos, y que se grite en la calle. La Cámara no se honra, discutiendo al señor Lugones.

**Sr. Saccone.** — Tal vez yo crea lo mismo; pero me veo obligado, para fundamentar el proyecto, a citar al señor Lugones, con igual pesar que el del señor diputado. No me interesa la personalidad del señor Lugones, y si me he atrevido a citarlo, ha sido para dar una sensación de ecuanimidad. No se interprete mi exposición como un ataque personal. Lejos de eso: quiero atacar al sociólogo, que dice que este Parlamento será sospechado: quiero atacar al “meneur” nacionalista, que va contra los extranjeros, que han fomentado con sus actividades la riqueza nacional; quiero atacar al Lugones que incita a la formación de una titulada agrupación patriótica atentatoria del orden constitucional, estableciéndola para reemplazar a la justicia y a la policía, castigando por su acción directa el pensamiento ajeno cuando sea contradictorio con el de la agrupación. La usurpación de autoridad constituye delito, según una disposición terminante del código



penal. Por incitaciones menores hemos visto últimamente que los fiscales de turno en la capital federal han procesado a directores de una publicación metropolitana, interviniendo sus archivos, cerrando diarios, y hasta pretendiendo imponer la censura previa. En fin, señor presidente, por esas incitaciones menores, a raíz del hecho particular de un crimen, se han producido toda clase de persecuciones al cuarto poder, que debe merecer alto respeto, porque si alguna vez se excede, debe tenerse en cuenta que presta incalculables servicios al país al través de las verdades que exterioriza el encauzamiento de las orientaciones de la opinión pública.

Lo que exijo, lo que deseo, es que se establezca una condición igualitaria en el país; porque si el señor Lugones desde la sala del Coliseo, incita a la formación de una guardia armada para despojar al poder judicial de las atribuciones que le confiere la constitución; si el señor Lugones incita a la formación de esa guardia para actuar directamente, castigando — percíbase bien el alcance de la palabra — castigando y reprimiendo todo acto que ellos conceptúen contrario al país y que ataque a los miembros de la agrupación patriótica, supeditando en este caso la acción de esa guardia, no ya a la defensa nacional, sino a la de los propios miembros de esa especie de mazorca patrioter, esa resulta claramente una incitación al delito.

En la incitación a una colaboración oficiosa con el ejército nacional, desalojando a la justicia para reprimir directamente los delitos y el pensamiento ajeno. Y ya que eso se ha hecho en esta capital, respecto de algunos órganos de publicidad, exijo que para el caso del señor Lugones tengan los fiscales de turno la misma ecuanimidad, ya que si algo debe ser sereno, desapasionado y ecuaníme es la justicia, que tiene el deber de acusar de oficio la instigación de un delito, como es el de usurpación de autoridad.

Por separado hay una cuestión que a mi juicio es fundamental, y que en realidad es lo que origina mi pedido de informes.

Las dianas con que se ha caldeado el entusiasmo de las conferencias del Coliseo han sido ejecutadas por una banda militar uniformada. La banda del regimiento 4 de infantería ha estado en las conferencias, auspiciando indirectamente el acto público de pseudonacionismo. Y yo me digo: tendrá derecho el señor Lugones a expresar cualquier clase de doctrinas, aun las más avanzadas; pero las instituciones permanentes del país, aquellas que son la salvaguardia del orden constitucional, como el ejército, no pueden participar directa ni indirectamente en ningún acto tendencioso, pues el día que compliquemos al ejército en estas cuestiones doctrinarias o en intereses de partido, sobrevendrá el desquicio: no se respetará la Constitución ni existirá la división de los poderes, y entronizaremos la dictadura militar, que es la peor y más peligrosa de las dictaduras.

Quiero creer que el señor ministro de Guerra no ha conocido el detalle de la intervención de la banda del 4 de infantería en esos actos tendenciosos, donde se proclamó la violencia y la represión directa del pensamiento y de los actos ajenos, sacando todo el orden punitivo de la esfera del poder judicial, que es el único poder constitucional que tiene derecho a juzgar y castigar en este país. Quiero creer que el señor ministro de Guerra no conocía el antecedente, porque en caso contrario hubiera impedido el hecho.

Se trata de conferencias donde se ha destilado hiel contra el extranjero; y al decir extranjero se indica a la mitad del país y quizá las cuatro quintas partes, si a ellos se agregan los descendientes. Se está atentando contra la población de las zonas más progresistas del país; se ofende el sentimiento de muchas personas y hasta se ataca el concepto con que la Constitución en-



galana su portada, cuando dice que pueden venir a este país todos los hombres de buena voluntad, que traigan propósitos de orden, de trabajo y de progreso.

Las excepciones aisladas deben ser reprimidas; pero no pueden servir para fundar doctrinas y agrupaciones sediciosas.

Ante esa incitación al delito, declaro mi extrañeza, como diputado de la Nación, por el olvido en que han incurrido esos celosos fiscales de la justicia metropolitana, que acusan diarios por delitos mucho menores, por incitaciones más limitadas y de simples casos particulares.

Me guía un espíritu de previsión para el futuro, porque entiendo que no este el momento de hacer debate sobre estas cuestiones. El señor Lugones ha declarado que hablaba a nombre propio, ni siquiera ha señalado la connivencia con la Liga Patriótica, que auspició el acto: sólo ha dicho que trataría de obtener que la Liga Patriótica adoptara su programa de acción, y bien pudiera ser que esa prédica quedara como prédica en el desierto, como prédica estéril, como prédica inútil. No nos puede interesar a nosotros la persona como no nos pueden interesar los ataques que ha hecho al parlamentarismo argentino, al decir que es un Parlamento sospechable. Los ataques, como todas las agresiones, sólo pueden tener eficacia cuando tiene autoridad para hacerlos la persona que los profiere, y el señor Lugones no puede tener esa autoridad, en virtud de las variantes, realmente barométricas de su ideología; no nos interesa la sanción aristocrática e inútil de un grupo reducido de personas, a quienes se habla desde el escenario de un teatro, sino la sanción grande y liberal de todo un electorado, que a veces suma cientos de miles de votos.

Por eso mismo, más bien con un fin preventivo, para evitar que se puedan interpretar mal los actos del Poder Ejecutivo y para evitarnos críticas en el exterior



y en el país, para impedir que pueda creerse en la realidad de situaciones que no existen, solicito de mis colegas que me acompañen a votar este proyecto de resolución, que no tiene más que dos propósitos: primero, establecer la veracidad de un hecho: si ha concurrido la banda del 4 de infantería — aunque es público y notorio que ha concurrido uniformada; — y segundo, informarnos qué medidas ha tomado el Ministerio de Guerra contra esa intromisión que significa un auspicio y un acto tácito de solidaridad hacia manifestaciones tendenciosas donde se nos ha ofendido como cuerpo y donde se ha atacado la Constitución argentina, al declarar que ningún derecho establecido por ella, que ninguna institución nacional, será óbice a la acción directa de los componentes de esa titulada agrupación patriótica. (¡Muy bien! Aplausos).

**Sr. Presidente** (Pereyra Rozas). — Se va a votar.

8

### Moción pendiente

**Sr. Frugoni.** — Pido la palabra para rendir un homenaje a un poeta: el orientador de la República de Portugal: Guerra Junqueiro.

### Manifestación en minoría

(Se llama para integrar el quorum)

**Sr. Ceballos** (M. P.) — Deseo saber cuántos diputados hay en el recinto y cuántos en la casa.

**Sr. Presidente** (Pereyra Rozas). — En el recinto hay 68 señores diputados.

**S. Ceballos** (M. P.) — Hace diez minutos que el señor presidente está llamando a los señores diputados para que concurran a votar la minuta del señor diputado Saccione y no vienen. Eso prueba que los señores diputados no quieren votar esa minuta.

**Sr. Toledo.** — No prueba nada. Prueba solamente que no hay número.

**Sr. Ceballos (M. P.)** — Quiere decir que no desean hacer número para votar esa minuta. Me parece conveniente que nos retiremos. Hago indicación de que se levante la sesión si no hay número.

**Sr. Toledo.** — ¿Hay número en la casa?

**Sr. Presidente (Pereyra Rozas).** — Sí, señor diputado.

**Sr. Toledo.** — Que se siga llamando entonces, y se invite a los señores diputados a entrar al recinto.

(Después de unos momentos de espera en que se llama para formar quorum)

**Sr. Saccone.** — Pido la palabra.

Cinco o seis diputados, señor presidente, se han retirado del recinto...

**Sr. Ceballos (M. P.)** — ¡Cómo cinco o seis; no hay más que 52!

**Sr. Saccone.** — Había setenta hace un rato. Ante la inutilidad del campanilleo se han retirado otros que parece que no tienen paciencia, por lo que yo tampoco la tengo; y en vista de que se pretende hacer una oposición, tal vez bajo la influencia indirecta de la aceptación de las doctrinas del señor Lugones de parte de algunos pocos señores diputados...

**Varios señores diputados.** — ¡No, no!

**Sr. Saccone.** — Me veo obligado a creer eso, porque es un rompimiento de quórum un poco extemporáneo: en el momento de la votación se retiran unos pocos diputados, cinco o seis, y queda sin quórum la Cámara. De todos modos esta estrategia algún día tiene que terminar; ya nos veremos con un quórum de 105 diputados y entonces apreciaremos si cuatro o cinco pueden romper el quórum. Como permanecemos pocos en el recinto, hago moción de que levantemos la sesión.

De manera que yo reiteraré mi moción, por que este es un asunto más grave de lo que en general se cree,

y puede traer resultancias de hecho, si algunos desorbitados siguen al señor Lugones en sus prédicas, pues con la acción directa hemos de replicarles.

**Un señor diputado.** — ¡Quién lo va a seguir!

**Sr. Saccone.** — ¡Ojalá no lo siga nadie! Pero si algunos intentaran seguirlo, nosotros les haremos frente.

¡El país no se compone solamente de Buenos Aires!

**Sr. Repetto.** — ¡Pero señor diputado! No hay gobierno en este país? Si las cuestiones van a quedar libradas ahora a los grupos de ciudadanos...

**Sr. Saccone.** — Pero si empieza el Parlamento nacional por no tomar medidas, por no pedir informes, por no protestar por un hecho de esa naturaleza, es presumible que todos los resortes oficiales del país se despreocupen de aquella situación y entonces quizás no quede más remedio, que ir a la acción directa. Y si se va a la acción directa, también nosotros iremos...

**Sr. López Anaut.** — Es un hecho que no vale nada en sí, ni por quien lo ha provocado, el señor Lugones.

**Sr. Saccone.** — Precisamente; pero el hecho importante para mí es que hay una banda uniformada, lo que puede ser inconveniente y queremos prevenir.

Hoy por hoy lo que corresponde es levantar la sesión. Los cinco o seis diputados que se han retirado han malogrado el número.

**Sr. Ferreyra.** — Pido la palabra.

Yo me voy a oponer a que se levante la sesión. Considero que los señores diputados deben agotar todos los medios a objeto de no levantar la misma, porque lo contrario importaría dar suma trascendencia a un asunto que en sí no tiene ninguna, salvo en cuanto el Poder Ejecutivo ha hecho concurrir al acto una banda del ejército nacional.

Se trata de un ciudadano que desde la tribuna de un teatro pretende fijar rumbos a la opinión pública argentina, en la cándida creencia de que a los pueblos se los puede orientar con palabras dichas de tarde en



tarde. El hecho en sí no tiene importancia. Yo creo que si en este momento el Parlamento argentino levantara esta sesión sin rechazar esa moción, daría un tristísimo espectáculo. Habríamos colocado demasiado alto a un ciudadano, con lo cual aquél tal vez pudiera pensar en el fondo que tuvo razón al agraviarnos públicamente.

Los diputados deben concurrir al recinto y votar como les cuadre, pero nunca dar a este asunto una enorme trascendencia tal como es dejar sin quórum a la honorable Cámara. (¡Muy bien! — Aplausos).

**Sr. Ceballos** (M. P.) — Pido la palabra.

Yo no le doy a este asunto del señor Lugones la trascendencia que le dan el señor diputado Saccone y los otros señores diputados que se han ocupado de él. Para mí este asunto es mucho más serio y más grave, pero desde otro punto de vista: desde el punto de vista de los prestigios del Parlamento nacional. Este es uno de los tantos pretextos que toma el Congreso argentino para no resolver ninguno de los asuntos fundamentales que interesan al país. (¡Muy bien!).

**Sr. Saccone.** — ¡Lo que falta ahora es que se nos culpe a nosotros de utilizar esto para malograr la labor del Parlamento!...

**Sr. Ceballos** (M. P.) — No me refiero al señor diputado.

**Sr. Saccone.** — ¿Por qué el señor diputado no protesta contra la afirmación del señor Lugones de que el Parlamento está sospechado? Proteste contra eso y no contra los que estamos aquí dispuestos a cumplir con nuestro deber.

**Sr. Bard.** — Pido la palabra.

Yo coincido en el fondo con el señor diputado por la capital, doctor Ferreyra, y, en efecto, no le doy a este asunto más importancia de la que en realidad tiene. Pero hay una situación de hecho indiscutible: por mo-

mentos el quórum va disminuyendo. No creo, como el señor diputado por Santa Fe, que los señores diputados se hayan alejado del recinto para no votar. Tengo la seguridad de que de practicarse la votación ha de resultar favorable en el fondo a la tesis del señor diputado por Santa Fe. Pero recalco que hay una situación de hecho que no puede negarse: cada minuto que transcurre, el número de diputados en el recinto es menor, lo que cueradamente hace pensar que ningún resultado vamos a obtener por mucho que esperemos.

Por eso hago indicación en el sentido de que se levante la sesión.

**Sr. Saccone.** — Ya falló el quórum cinco o seis veces cuando se votaban las licencias. Teníamos un quórum precario.

**Sr. Ceballos (M. P.)** — Lo que confirma que es un pretexto.

**Sr. Saccone.** — No es un pretexto. Es la eterna desidia parlamentaria. Ya hemos malogrado cinco o seis sesiones...

**Sr. Bard.** — ¿Qué diputado no va a votar la indicación del señor diputado por Santa Fe, cuando se ha dicho desde la tribuna pública que los miembros del Parlamento están sospechados?

**Sr. Ferreyra.** — El diputado que habla no votará nunca.

**Sr. Saccone.** — El señor diputado no votará, pero seguramente lo hará por razones peores que las que tenemos nosotros. El señor diputado indudablemente está, como nosotros, en contra de la tesis del señor Lugones; pero el señor diputado dice que eso no debe merecer la atención de la Cámara. Y con esto, señor diputado, es más ofensivo que nosotros con el señor Lugones, a quien dispensamos cierta atención.

**Sr. Vergara.** — Yo creo que procede levantar la sesión.

**Sr. Presidente** (Pereyra Rozas). — Invito a los señores diputados a levantar la sesión.

(Es la hora 17 y 55). GREGORIO DILLON, Director del cuerpo de taquígrafos.

(He aquí mi respuesta, publicada en *La Nación* del día siguiente:)

### PIDO LA PALABRA...

He dado motivo en la Cámara de Diputados a un debate largo y confuso que malogró la reunión. Lamento ambas cosas; porque, como lo dijo con pertinencia el diputado Ferreyra, son excesivas para el sujeto y el objeto. La cámara haría mal en añadir éste, todavía, a sus incontables perdederos de tiempo, y en mostrarse incómoda porque un ciudadano haya hablado de la Patria con entusiasmo; de los extranjeros que traicionan su hospitalidad — de éstos tan sólo — con la indignación que merecen; del sufragio universal, que ni siquiera está mencionado en la constitución, como mejor — o peor — le parezca; y de las instituciones armadas con un cariño y un respeto que el congreso les debe más extremosos, si cabe, por ética legal y por conveniencia de cuerpo inerme. Ya que no hay soberanía ni legitimidad posibles, sin el apoyo de las leales bayonetas.

Dicho esto, correspóndeme esclarecer un deplorable error de concepto en que incurrieron dos diputados al ocuparse de mi empleo como director de una biblioteca pública. Las palabras fueron éstas más o menos: "Es muy cómodo criticar a la burocracia desde un empleo de ochocientos pesos en el Consejo de Educación".

Es la famosa leyenda de la canonjía que, por lo demás, he jugado, y no una sola vez, en ruidosas disidencias con los gobernantes dueños de quitármela o suprimirla.



Pero no hay tal sueldo ni tal canonjía, para desengaño de mis precipitados biógrafos.

Al recibirme de ese puesto en 1915, tenía ya, desde varios años antes, la asignación mensual de quinientos setenta pesos que conserva; y hace al rededor de un mes que, en conversación oficial con el Dr. Errea, vocal del Consejo, a propósito del presupuesto de la Biblioteca, precisamente, le pedí con encarecimiento que no se aumentara el sueldo del director, porque consideraba injusto dicho propósito, cuando la retribución del personal subalterno era exigua en casi todos los casos. Inútil añadir que el presidente del Consejo, Sr. Boero, sabe lo propio con reiteración, como funcionario y como amigo.

Eso es, pues, lo que el Estado me paga por mi trabajo, no por la cautividad de mi pensamiento y de mi conciencia, que nunca serán valores cotizables; y he dicho ya, y repito, que a ese empleo no lo tengo por favor, sino en virtud del más respetable de los fundamentos democráticos: el derecho de idoneidad.

Para comprobarla, citaré dos hechos. El primero es la creación de la Sección Infantil aneja, en la cual leen unos cuarenta mil chicos por año, casi todos pertenecientes a la clase trabajadora: fundación realizada dentro del presupuesto de la Biblioteca, es decir, sin recargo alguno. El segundo es la asistencia de lectores, o sea lo que constituye el servicio pedido a la institución.

En 1915, ésta tuvo 22.037 asistentes. El año pasado, tras un constante progreso, que demuestra la eficacia de su labor, 105.562, durante los once meses hábiles de su período.

Así, a pesar de su modestia, ha pasado a ocupar cómodamente el primer puesto entre todas las bibliotecas públicas del país, alcanzando este otro resultado importante: el costo anual de cada lector sale a cuarenta y seis centavos. Seguramente menos de lo que le cuesta al país cada palabra pronunciada en el congre-

so. Ello para no mencionar el enriquecimiento bibliográfico, que da también uno de los primeros puestos a la Sección Americana de la Biblioteca.

Si fuera yo a compararme, pues, saldría mucho más útil y enormemente menos oneroso que los legisladores retribuidos con fuertes dietas y prebendas durante el año entero, para trabajar solamente los cinco meses del período constitucional, que malogran todavía con inasistencias, maniobras y debates inútiles o peores, hasta hacer del Parlamento Argentino uno de los más caros y estériles del mundo.

En cuanto a las palabras del autor del proyecto presentado que motivó el debate, las aplaudo por su franqueza y valor moral, no menos que por la equidad caballeresca con que salvaron el respeto personal de quien, a su vez, jamás ataca personalmente. El diputado Saccone me ha llamado sedicioso y buen poeta: elogios ambos que agradezco. Y digo elogios, refiriéndome a la designación que los hombres más importantes de su partido obtuvieron tantas veces en el vocabulario gubernista, o sea ese mismo epíteto de sedicioso, tan merecido como el mío, si he de inferirlo por la doble especialidad.

Por último, los socialistas hablaron de honra con la intrepidez de la ignorancia; pero sobre dicha secta cabe tan sólo una conclusión: los que hacen política con la miseria, son tan ruines como los que la explotan.

En suma, es de desear que la cámara no pierda más tiempo en mí.

Hago moción de pasar al orden del día. — Leopoldo Lugones.

(Así sucedió en efecto).

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

